IRMGARD ROSINA BAUER

**Mamma en la carretera**

Sobre el autor:

Irmgard Rosina Bauer nació en Múnich en 1956 "y nunca se alejó de allí", como ella misma dice sobre sus raíces en Múnich, donde todavía vive. Le entusiasma probar nuevos paisajes, países y ciudades en sus viajes, para volver una y otra vez. Después de estudiar pedagogía y trabajar en varias profesiones, el día de su sexagésimo cumpleaños cumplió un viejo deseo: trabajar como autora y escribir libros sobre la vida, los viajes y los trayectos de la vida. Con este segundo volumen de relatos de viajes, Rosi saca su cuarto libro. En cinco relatos cortos, ilustra con humor y sensibilidad cómo la relación entre madre e hijos adultos tiene que cambiar inevitablemente. ¿Qué podría ilustrar mejor esto que viajar juntos?

Puede encontrar muchas fotos e información de fondo en www.irmgardrosina.de.

Siga a Irmgard Rosina Bauer también en

Instagram

Facebook

Twitter

YouTube

IRMGARD ROSINA BAUER

Mamá en la carretera

UNA MADRE APRENDE MIENTRAS VIAJA

CON Y PARA SU ADULTO

NIÑOS PARA DEJAR IR

Narraciones de viajes de Rosi Volumen 2

Información bibliográfica del

Biblioteca Nacional Alemana

La Biblioteca Nacional Alemana recoge esta publicación en la Biografía Nacional Alemana; la información bibliográfica detallada está disponible en Internet en http://dnb.d-n.de.

2021 Irmgard Rosina Bauer

www.irmgardrosina.de

Gestión de proyectos:

Pageturner Production GmbH

www.pageturnerproduction.com

Diseño de portada: Sania Haschemi,

basado en una idea de zero.media.net, Munich, y Raphael Rodrigo Pfeiffer Novelli

Foto del autor: Kitty Fried, Neubiberg, Alemania

Composición tipográfica: Peter Kortz-Frankemölle

Edición: Marek Firlej

Revisión: Andrea Durst

Producción y edición:

BoD - Libros a la carta

En de Tarpen 42

22848 Norderstedt

ISBN: 978-3-7543-3098-2

Para Hannes

**Contenido**

**Antes del** 9

**¿Dónde está el horizonte aqu**í? 12

Muttl ante portas 12

**Una vez en África** 22

¿Quiénes son los nuevos hippies? 28

**Sin dormir en Padang Bai** 42

**Es otoño en Törnen** 55

De camino a nuestros antepasados 55

Llegó a la casa de Motter 61

Una vida desacostumbrada 65

Bajo el hechizo de las campanas de la iglesia 71

**Una mamá en Türkiye** 77

Un viaje a Turquía, variante dos 77

Un viaje a Turquía, Variante Uno 82

**La vida sería el mal menor 100**

**Después** 111

**Gracias...** 113

**Queridas Mamás, Muttls,**

**madres, lectores ...** 114

**Antes de**

Desde que mis cuatro hijos se han ido de casa, me encanta viajar.

Cuando mis cuatro hijos eran pequeños, viajar me llevaba mucho tiempo. A mi marido le gustaba descubrir nuevos lugares, mientras que yo siempre quería ir al mismo sitio. Donde sabía a qué distancia estaba el siguiente lago y si los niños podían ir allí por su cuenta, si la cocina estaba equipada con un "cocinero de biberones", si la habitación tenía una cama de viaje y lo grande que era, con o sin almohada, si mi pequeño dormiría en ella o no y si -si-...

Seguirás siendo madre toda la vida. Y cuando los niños crecen, se lee en todas partes: hay que dejar ir a los niños. Pero el gen del cuidado está arraigado en nosotros. El niño debe ser siempre feliz. Debe reírse siempre, preferiblemente no llorar nunca, porque mamá apenas puede soportar verlo. Mamá tiene que superarlo y ojalá encuentre palabras de consuelo. Incluso cuando los hijos son mayores y tienen mal de amores, cuando el permiso de conducir no funciona a la primera, cuando el primer coche tiene una avería en el motor. Incluso cuando pierden el trabajo, cuando se rompe una relación, cuando les roban el bolso o cuando querían volver a casa borrachos de una discoteca pero se han quedado dormidos en el S-Bahn y acaban en la discoteca de la estación de tren y su teléfono móvil no tiene saldo.

Soy mamá tanto si estoy en casa como fuera. Ya sea de viaje o en la cocina. Siempre pienso en los niños. ¿Se ocupan de ellos? ¿Están bien? ¿Dónde y cuándo me necesitan? Pero a veces también es así: sólo quiero alejarme. Espero que no me necesiten.

Y luego otra vez: he planeado un viaje en mi apartamento - y luego viene: "Mamá, ¿puedes quitarme al pequeño de encima durante media semana?" Por supuesto que sí. Y pospongo la salida.

¿Podemos las mamás seguir siendo salvadas? Sólo si nos vamos de todos modos. Entonces vete con los niños. Con hijos individuales, en pareja, con todos juntos. Incluso cuando ya pueden viajar ellos mismos desde su vida laboral cotidiana. ¡Qué felicidad siente mamá en el momento en que están todos juntos! Incluso funciona sin su presencia física, sólo con pensamientos de ella en el equipaje.

Me encanta viajar. Me doy el gusto de hacerlo. Y experimento las cosas más emocionantes. Sobre todo cuando viajo con ellos, los niños, que me hacen más valiente de lo que sería sola. ¡Es y sigue siendo emocionante con los niños!

Y de nuevo, mientras me siento aquí en esta gran y variada playa, se me ocurre: Todavía no he escrito a los niños sobre cómo estoy y lo bonito que es esto. Y ya llevo una semana aquí. Pero rápidamente escribí un mensaje y lo envié. Al fin y al cabo, mis hijos deben saber siempre dónde estoy y cómo pueden localizarme si me necesitan, su mamá.

**Dónde está el horizonte**

Mamá ante portas

Mi hijo Raffael, con el que estoy en camino, tiene veintiséis años. En junio, renunció a su trabajo seguro y dejó su piso en Múnich para la misma fecha. Con el dinero que había ahorrado, compró un autobús VW transformado a una pareja de jubilados. La pareja llevaba ya treinta años viajando en él. Ahora vive en él. Raffael, que viaja solo, está orgulloso de su logro: considera que su coche es un objeto de lujo, ya que el autobús está prácticamente equipado para ser utilizado por dos personas.

Después de conducir por las fiestas de Alemania en verano, ahora temía la llegada del invierno. Pero había escuchado de otros viajeros del festival que el sur de España era un buen lugar para pasar el invierno.

Los últimos días antes de su partida, Raffael estuvo en nuestra calle con su autobús. Volvió a disfrutar de la cocina de Du-sche y de mamá. ¡Pero sólo quería dormir en su autobús!

Escuchó con ansiedad cuando el servicio meteorológico informó de la caída de nieve. No tenía neumáticos de invierno, pero se había ofrecido a llevar a un joven que sólo estaba disponible a partir del primero de noviembre.

Y ahora se ha ido, el chico. Uf. No debería preocuparme, dijo. Y sin embargo, sin decírselo, anoté la matrícula de su coche. Como si tuviera una dirección para él, como si necesitara algo tangible para invalidar mis escenarios de horror. Se puso en contacto después de una semana, le bastaron dos palabras por mensaje corto: llegó cómodamente. Para ahorrar dinero, canceló su contrato de teléfono móvil, su seguro médico, todo. Sólo en Navidad recibió otro breve mensaje de texto de un número español: "¡Te echo tanto de menos! Sólo puedes localizarme en el siguiente número: 0034 ... ¡Sí, pero no hagas ninguna llamada activa! Su dinero debería durar unos meses más.

Cuando le llamé, me resultó difícil no hacerle sentir mi intensa preocupación. Sólo "¡Feliz Navidad!", le deseé y le pregunté: "Bub, ¿dónde estás?".

Cuando me dijo su ubicación y me aseguró que honestamente se alegraría de verme, ¡mi siguiente acto fue reservar! Málaga. So-fort, todavía en el día de San Esteban. Para el período comprendido entre el 8 y el 19 de enero. Se ajustaba a mi situación laboral como autónoma, y a mi anhelo como madre. Málaga. Está en la costa mediterránea del sur de España. Eso es todo lo que sé al respecto.

¿Y ahora? Estoy esperando infantilmente, o más bien maternalmente, a Raffael. Quería llevarme de viaje a Gibraltar, me dijo en mi segunda llamada, y desde allí quería ir a Marruecos unos días. Quería ir de excursión conmigo a las montañas, a Sierra Nevada. Queremos visitar la Alhambra de Granada. Podría dormir en su autobús y experimentar la infraestructura de los hippies modernos por mí mismo.

Raffael me recoge puntualmente en el aeropuerto de Málaga. "El primer estrés en dos meses", me explica. "¡Una cita! Tuve que madrugar", dice, "organizarme para no perder el martes y también llegar a tiempo al aeropuerto a las dos de la tarde. ¡Eso requiere nervios! Y horas". Asiento con una sonrisa. Después de todo, vengo de una vida laboral. Sé de qué está hablando.

Asigna a mi maleta un lugar en el autobús. Y ahora, ¿en dirección este o oeste?

Ahora, sentado con él en el autobús, esta pregunta me divierte. No he llegado a un punto de partida fijo, sino directamente a un objeto en movimiento. Así es como funciona la libertad. Decidimos conducir primero hacia el oeste de Málaga y luego simplemente ver.

Dos días después es jueves y casualmente mi cumpleaños. Estoy sentada junto a Raffael en mi cama en el autobús, con el que estamos aparcados en un mo-ble residencial libre. Mirando por la ventana delantera, veo el sol que acaba de salir sobre el Mediterráneo. Cuando miro por la ventana derecha: el Peñón de Gibraltar. Así es exactamente como se representaba en el libro de geografía de séptimo grado. Todo era inaccesible para mí entonces. Gibraltar, África, ¡mito!

Y eso también me gusta: nieve en el frío de Múnich anteayer, pantalones cortos y camiseta hoy.

Estoy feliz de estar aquí. Con Raffael es muy fácil: aclarar las necesidades, hacer los arreglos y salir. Se maneja con responsabilidad, lo noto con alivio. Sabe lo que quiere, dice lo que piensa, y yo también -al menos eso es lo que imagino-, por lo que siempre llegamos a un consenso rápidamente. Y si no funciona rápidamente: Tenemos el maravilloso lujo del tiempo. Circunstancias dignas de un cincuenta y siete cumpleaños.

Para mi cumpleaños, emprendimos una emocionante visita a Gibraltar: aquí viven realmente británicos, se habla inglés, se paga en libras inglesas, hay tiendas típicamente inglesas con nombres como Bryan Mackintosh Ltd. y las pequeñas tiendas de comestibles y quioscos se llaman realmente "Grocery". Las cabinas telefónicas rojas, que parecen sacadas de un libro ilustrado, ocupan lugares destacados, y los niños llevan uniforme escolar.

Pequeñas calles laterales que salen de Main Street conducen a las rocas, las Upper Rocks, y a las escaleras pintadas con la Union Jack en sus grandes espacios verticales. La exuberante vegetación de enero deja algunas vistas, por lo que podemos ver los grandes barcos mercantes con sus mercancías entrando o saliendo del mar por debajo. En el horizonte, al sur, están las montañas del Atlas. ¡África! Tomamos las escaleras que suben junto al teleférico y allí arriba experimentamos otra sorpresa: cinco, diez, veinte, cientos de africanos retozan ante nuestros ojos, ¡como si no estuviéramos en medio de Europa!

Allí se sientan, acariciando a sus pequeños, sacándose las pulgas del pelaje, acariciándose o empujándose para saltar juntos por las rocas y pelearse. Saltan por encima de los antiguos muros de fortificación, por encima de las rocas, se acuclillan en grupos de ocho, diez y doce en la carretera asfaltada, donde los pocos coches que pueden subir a la cima tienen que hacerlo muy despacio y con cuidado por culpa de ellos. Un espectáculo que seguimos embelesados desde el borde de la carretera, el mar frente a nosotros, el mar detrás y la silueta de las montañas del Atlas más allá. El tablón de anuncios los describe como macacos de Berbería. El más grande me llega a la cintura, el más pequeño es tan pequeño como un gatito. Nos quedamos hasta que el viento fresco nos hace descender.

Las paredes rocosas están cubiertas de agaves puntiagudos y familias de cactus con hijos del tamaño de un plato. Los arbustos de plátano y los árboles de caucho, tan altos como las casas, bordean el camino. Suena un mensaje de texto tras otro. "Oh, sí, hubo algo", dice Raffael con una sonrisa. "¡Feliz cumpleaños otra vez!"

Raffael lo ha dado todo para que mi cumpleaños sea bonito. No es que esperara que lo hiciera: le preocupaba mucho, hablaba con un guiño de la gran responsabilidad que tenía con sus hermanos. Muttl, ¿qué te gustaría ver aquí, Muttl, qué te gustaría hacer allí? Muttl, di lo que quieres y lo haré por ti. ¿Prefieres estar junto al mar que en una colina? En poco tiempo habíamos encontrado un lugar junto al mar por la noche, aunque, como dijo, el mar es demasiado ruidoso para él. ¡Y qué lugar!

Raffael me había comprado una botella del mejor cava en una pequeña tienda, y nos obsequió con unas lonchas de un jamón madurado durante muchos meses, que el dueño de la tienda cortó suavemente y con gran concentración de la pata de cerdo sujeta en el jamonero con un cuchillo largo, estrecho y afilado. Acompañado de pan blanco fresco y un puñado de aceitunas, ¿qué más necesita?

Raffael forró su silla plegable con su gran y peluda piel de oveja para que yo estuviera bien calentita con mi vista al mar, mientras él preparaba la mesa en el coche: los tres tomates del día anterior cortados en octavos exactamente iguales, las aceitunas en un pequeño cuenco, el resto del manchego partido en apetitosos trozos, y luego, ¡salud!, bebió el cava en tazas de café. No hay que olvidar que todo esto se hace a la luz de las velas de los candelabros de plata de las viejas existencias de mamá.

Raffael me mostró fotos de sus estancias en las comunas hippies que había conocido. Le mostré fotos de la familia el año pasado, cuando él también había estado en algunas de las reuniones.

Y por la noche, mientras me dormía, disfrutaba de la vista desde mi cama, con la puerta abierta de par en par, del cielo estrellado sobre el mar, donde los barcos aparcados con sus luces formaban el horizonte nocturno. A nuestra derecha, las montañas rocosas completaban el pano-rama.

A la mañana siguiente, a las ocho y media, cuando levanto con cuidado la cabeza de la cálida cama hacia la ventana para no resbalar ni una sola esquina de la cama a causa del frío nocturno, veo cómo el disco rojo del sol acaba de brillar completamente redondo y claro directamente sobre el horizonte. Vaya, pienso para mí, qué suerte tengo.

El café y el té ya han hecho efecto, pronto me meteré en el mar de invierno para deshacerme del líquido de nuevo. Pero el mar debe estar muy frío, me imagino, ¡brrr! Y después me meteré de nuevo en una cama calentita, con el agradable efecto sour-nae... Serían unas perspectivas maravillosas, pero ¿cómo puedo finalmente ponerme a ello...? Pero pronto la necesidad urgente me hace salir a la fresca mañana.

Unos días después. Sigo desayunando en la cama de la furgoneta. Cubierto con una manta de lana de oveja de mi madre, que Raffael, el moderno friki del na-tur, le robó a su abuela y que ella guardó de la época en que no había más que materiales naturales. Mi madre los mandó a hacer con lana de oveja que ella misma había esquilado cuando yo era todavía una niña y cuando aún trabajaba como cuidadora de animales en la universidad de animales de Múnich. Todavía recuerdo cómo la lana de oveja esquilada y peinada se extendía para secarse en todas las habitaciones y llenaba toda la casa de ese olor tan especial. Así que hace unos buenos cincuenta años. Qué contemporánea se ha vuelto mi vieja madre con sus mantas de lana de oveja al no subirse al carro de las mantas de plástico de las últimas décadas.

Esta manta me mantiene caliente de nuevo hoy, porque todavía hace frío por la noche y por la mañana.

**Una vez en África**

Tras nuestro regreso de Marruecos, simplemente tumbarme en una tumbona por la tarde y dejar que el sol me ilumine es una bendición. Nuestra visita a África era un "must" del programa. Pero los tres días en Tánger también fueron muy agotadores. Siempre en guardia ante la extrañeza de la gente de allí. Te hablan, elogian su conocimiento de la zona y el camino correcto como una mercancía, a veces de forma servicial, pero sobre todo sólo comercial, buscando ventas: Todo muy barato. Muy barato. Très bon marché. Incluso el mendigo, desdentado, sucio, envuelto en harapos, pide limosna en un francés limpio y con la mano temblorosa.

Observo con cautela cómo se comportan las mujeres. ¿Salen solos a la calle? Sí, también los ves solos. Muchas llevan un caftán hasta los tobillos. Pero muchas mujeres, predominantemente jóvenes, también van vestidas con ropa europea moderna, pero también llevan pañuelos en la cabeza. Sólo de vez en cuando se ve a una joven sin cubrirse la cabeza. ¿Son necesariamente cristianos? Sé muy poco sobre el país, sobre el Islam. Nos permitimos la aventura (¿la insolencia turística?) de venir aquí completamente desprevenidos.

Desde Gibraltar, podríamos imaginar una travesía. Sólo treinta kilómetros para cruzar a África. Los refugiados también piensan al revés: Sólo treinta kilómetros. Mi preocupación, primitiva, bastante inocente: haber estado en África una vez. Y Raffael había oído hablar de las compras baratas. "¡Todo a un euro!" Esos eran nuestros únicos motivos.

El viaje resultó ser más largo de lo esperado; para un viaje rápido probablemente hubiéramos tenido que tomar el Fast Ferry, más caro. "¡Ni hablar!", se indignó Raffael cuando quise pagar el precio de compra. Durante estos cincuenta kilómetros hasta la ciudad de Tánger, estuvimos en la carretera de 13 a 14 horas: comprar un billete en una de las muchas agencias de billetes (de aspecto poco serio) del puerto de Alge-ciras, buscar el ferry de nuestro proveedor Acciona, facturar en la enorme sala de billetes como en el aeropuerto, control de pasaportes. Tuvimos que esperar una hora. ¿Por qué? nos preguntamos. Pero todos los pasajeros esperaron pacientemente en el elegante vestíbulo revestido de mármol, incluidos nosotros. Por fin se abrió la puerta. El hombre que realizó otro control de pasaportes se rió al cotejar la foto del pasaporte de Rafael con su persona real. Después de otro control de billetes, la larga pasarela estaba ante nosotros. Nos condujo a un enorme barco con un espacio excepcionalmente generoso, nos esperaban unas quinientas sillas para dormir, y en el primer piso había un restaurante con ciertamente cien mesas, en el segundo y tercer piso descubrimos un gran número de literas para dormir. Los coches seguían entrando en el sótano del ferry, las furgonetas camperas, los largos semirremolques. Pasaría algún tiempo antes de soltar amarras. Raf-fael observó este espectáculo con gran interés y comprobó la situación: ¿también se embarcaría con una furgoneta camper para ir a recorrer África?

Y ahora también tenemos que rellenar un formulario de visado, después de todo vamos a un nuevo continente. Afortunadamente, nos habían dado un asiento cerca del mostrador de la policía, por lo que pudimos observar y esperar hasta que la larga cola de pasajeros hubiera sido procesada. Ahora nos unimos a ellos. El policía corrigió mi descuidada letra en el formulario en caracteres más claramente legibles para los marroquíes que escriben en árabe, selló el pasaporte y me alegré: por fin un sello de nuevo. Todavía hay muchas páginas en blanco en mi pasaporte.

Alegría cuando el barco finalmente partió de Europa hacia África. La emoción de las montañas de At-las, ya claramente visibles desde la costa, se acercaba cada vez más. Durante una hora y media nos dejamos mecer cómodamente en la travesía.

Y finalmente atracaríamos, con todo el tiempo que eso conlleva. Luego hubo problemas para fijar la pasarela al barco en el amarre.

"¡Siempre lo mismo! En cuanto estás en Afri-ca, las cosas ya no funcionan". Esto lo dijo una mujer de aproximadamente 30 años que llevaba un pañuelo en la cabeza. Llevaba un kaf-tan abierto por la espalda, con unos vaqueros crujientes y unos elegantes zapatos de salón debajo. Por seguridad, nos enviaron por el garaje. Una vez más comprobaron nuestros pasaportes.

En el puerto no nos esperaban más que grandes grúas, vastos desiertos de hormigón y enormes contenedores blancos, probablemente de gas, de los que había muchos, muchos, ¿quizás un centenar? Todos los pasajeros subieron a un autobús que debía llevarnos a Tánger, incluidos nosotros. Cuesta 2,50 euros. No pagues más", advirtió la dura lugareña del barco, que traía a casa los resultados de sus compras desde España con grandes bolsas. Mis oídos se agudizaron, sentí tensión, ¿por qué esta advertencia? Hablaba español, inglés, francés y, por supuesto, marroquí. También nos ayudó a salir de la multitud de taxistas tras la llegada del autobús a la estación de autobuses y nos indicó el camino hacia la ciudad. Allí pude preguntar a mi manera en francés.

La Oficina de Turismo de la Avenida Pasteur ya está cerrada. Son las nueve y ya ha anochecido. ¿Debo pedirle a esta gente, que parece tan diferente, una casa de huéspedes barata? Nadie parece realmente digno de confianza. Allí, ¡un cibercafé! Aquí nos orientamos en un callejero y decidimos aventurarnos a la Ancien Médina y buscar el albergue que se ofrece allí por treinta euros la noche. ¿Encontraremos este viejo barrio? Ahora preferimos invitarnos a un taxi. Negociamos dos euros por el viaje, que duraría veinte minutos.

El conductor nos deja en la plaza Petit Socco. Dice que no puede llegar más lejos, las calles son demasiado estrechas. ¡En efecto! De la plaza salen callejones estrechos, música marroquí a todo volumen desde el balcón de un pequeño bar, hombres con caftanes y turbantes sentados en las mesas de fuera y hablando animadamente, gesticulando. Aquí, ¡dos casas de huéspedes a la vez! Eso es lo que nos dicen los carteles derruidos que cuelgan delante de las casas en ruinas. "Usa tu francés para preguntar cuánto cuesta", me pregunta Raffael. Encima de la grasienta mesa de la cocina, en la pequeña y oscura entrada, un cartel dice "Récepti-on". Con un gran gesto, Monsieur me explica que cuesta cincuenta dirhams para dos personas por noche. Son unos cinco euros para todos nosotros. Con mucho cuidado, dejamos que nos enseñe la habitación.

Mi sed de aventura es más fuerte que mi asco. Compruebo las sábanas extendidas sobre las viejísimas mantas de lana: ¿parece que está lavada? ¿Hay animales arrastrándose por ahí? Bueno, al menos no visiblemente. ¿El lavabo desvencijado y sucio está colgado en la pared de manera pro forma? No, realmente hay agua corriente. La desvencijada cerradura de la antigua puerta noble, intercalada con cuentas de cristal de colores, se puede cerrar en realidad. ¿Y dónde está el baño?

El hombre me muestra una habitación cuyos azulejos, detrás y debajo de la rígida suciedad, insinúan una elegante riqueza de tiempos antiguos. Un inodoro en cuclillas está construido en un nicho estrecho.

A su lado hay un viejo cubo de plástico con agua para tirar de la cadena. No, decido, ¡no quiero que me desanime el mal olor! Al menos una antigua ventana en la pared deja un agujero del tamaño de un hombre por el que puede entrar aire fresco. Además, aquí también se puede cerrar la puerta.

Después de esta inspección, asentimos con el hombre y notamos el brillo de alegría en sus ojos. Gran negocio hecho con estos turistas ...

Pero también tenemos la sensación de haberlo conseguido. ¡Un lugar donde quedarse para la noche ya oscura! En una de las mesas frente al restaurante vecino nos deleitamos con chuletas de cordero con judías y patatas. No, ni vino, ni cerveza. No está en el menú de la cultura local. Bebemos lo que todo el mundo bebe aquí: té de menta, con muchas hojas verdes frescas y mucho azúcar.

El café con leche por la mañana en el bar frente a la casa de huéspedes sabe delicioso. Se trata de la misma cantidad de café que un espresso, pero servido en un vaso de agua. El camarero sirve leche caliente de una pequeña olla y me mira expectante hasta que entiendo: tengo que decir "basta".

Las numerosas impresiones desconocidas hacen que el tiempo pase volando muy rápidamente. Ya estamos de vuelta en la terminal del ferry en Algeciras.

¿Quiénes son los nuevos hippies?

Al mirar a Raffael me di cuenta de que se debatía entre ir conmigo a la zona de Nerja o llevarme a su casa, donde viven sus nuevos amigos. "¿Qué es realmente un hippie?", le pregunto.

"Ya ves", dice, endureciendo su postura con el orgullo de la información privilegiada. Lo que veo: jóvenes como los que pertenecen al círculo de conocidos de mis hijos mayores y sus amigos. Hay diferencias incluso entre unos años y otros. Los amigos de mi hijo mayor parecen más dignos. ¿Más juguetón? Pero tal vez se trate de un criterio: los hippies no viven en la naturaleza para lograr hazañas deportivas, como es mi caso y el de mis amigos amantes del aire libre. A veces se pueden permitir unos pantalones superligeros de Jack Wolfskin o una chaqueta impermeable de The North Face; además de unos zapatos robustos y realmente resistentes de K2. Ropa interior realmente cálida hecha de lana merina finamente peinada. No veo eso aquí. Desde luego, no porque estas personas vivan deliberada y selectivamente a un nivel económico bajo. Dejan atrás la sociedad trabajadora de los países de los que proceden para demostrarse a sí mismos aquí que también es posible una vida libre sin dinero. Provocado por un cierto desprecio a nuestras costumbres meritocráticas. Todo mal, esta explotación a través de todo el dinero en el capitalismo.

En ese momento Ole mira a través de la ventana donde estoy sentada en mi cálida cama.

Raffael le había invitado a desayunar. También aprovecha Ole para levantarse ahora, ya cerca de las diez.

Ole lleva una tostada contenida bajo el brazo y un saco lleno de aguacates que recogió en algún lugar del camino, según nos cuenta. Ole es de Aquisgrán y vive en una de las muchas cuevas de roca que el clima ha raspado en las montañas de piedra caliza. Señala con la mano una cortina de tela con un gran estampado en blanco y negro que se ve a lo lejos en la roca. "Esta es mi entrada", dice con seguridad. "Siempre iluminado por el sol. Así que se calienta durante el día y no es fresco por la noche". Una esterilla en el suelo le basta para dormir, dice. Hoy, un pájaro ha volado hacia él y le ha dado la bienvenida. Pero también ha recibido la visita de una araña del tamaño de una mano, de la que, por suerte, se dio cuenta a tiempo y se llevó directamente al exterior.

"Me alegré mucho cuando descubrí tu autobús", le dice a Rafael. "Pensé que no te volvería a ver".

Casualidad al venir, casualidad al ir. La gente se conoce. El mundo aquí es un pueblo.

¿Qué hace a un hippie moderno? Algo es diferente comparado con los hippies de los que mis padres intentaban protegerme cuando era niño.

Mientras busco un lugar resguardado para ir al baño, pasando por las cinco o seis viejas furgonetas camperas que están aquí frente al desfiladero con vistas al mar, hay un gran bulto envuelto en el suelo. "¡Hola!", saluda amablemente.

Sigo caminando rápidamente, las impresiones de los vagabundos en los pozos de aire del metro de París se imponen sobre mí. Cuando vuelvo, ya está sentado, sin su grueso saco de dormir ni su gorro, extendiendo ahora una red de naranjas y otros comestibles en el suelo a su lado. "¡Hola!", nos saluda de nuevo.

Mientras nos sentamos frente a la caravana para desayunar, un hombre joven y guapo se une a nosotros. "¿Cómo estás?", pregunta. "Bonito lugar aquí, ¿no?" Los chicos se conocen. Es Tommy, que ha huido de la lluviosa Inglaterra para pasar el invierno en el cálido sur. Corte de pelo corto, perfil claro, vestido pulcramente con pantalones de trekking y una camiseta limpia.

"Te he visto pasar", me dice, señalando el lugar donde yacía envuelto en un fardo hace un momento. Es entonces cuando me da la razón.

Intento ocultar mi vergüenza con una respuesta rápida y educada. "No reconocí tu cara", es todo lo que se me ocurre. "Las noches son bastante frías, ¿no?"

De hecho, por la noche hay ocho grados como máximo, y yo también me meto en mi cama bajo dos o tres mantas.

El viejo autobús de al lado tiene una matrícula N alemana. Tina viene de Núremberg, a apenas doscientos kilómetros de mi casa en Múnich. Raffael me organiza un viaje en autobús. Estoy encantado. Tina, una simpática chica de treinta años, se ha amueblado de forma muy cómoda y práctica. "Una ducha con caldera de agua caliente era muy importante para mí", dice, señalando con orgullo el mobiliario, "aunque ocupe mucho espacio". Al principio pidió una excedencia en su trabajo, continúa. Primero por un año, luego habría solicitado más tiempo libre. Su empresa no podía aceptarlo, así que dimitió. Su siguiente destino era Portugal. Lo más caro de este modo de vida es la gasolina. Raffael lo confirma. Por lo demás, añade, el dinero que ha ahorrado es muy bueno. Después, se une a Raffael en el autobús para sacarle fotos y abre su flamante MacBook Air. "Este es el más ligero de todos. Lo he comprado para cuando vaya de mochilero".

Cuando Raffael y yo volvemos de nuestra excursión a la montaña en Sierra Nevada esa tarde, el autobús de Tina ya se ha ido.

Mientras que en Múnich ya está muy oscuro a las cuatro y media de enero, aquí el día sigue siendo claro hasta casi las seis y media. Desde el camino de grava que hay detrás del autobús viene un hombre con rastas rubias hasta el trasero, con una mirada soñadora, y pregunta si puede sentarse en la silla que todavía está plegada delante del autobús de Raffael desde mi cura reclinada del día anterior. Se sienta allí durante una buena hora, se levanta y se va.

Por la tarde, Raffael y yo nos sentamos en el autobús, demasiado cansados para cualquier cosa, nuestras piernas se habían fatigado hoy durante nuestra excursión de cinco horas por la montaña hasta el Pico del Cielo, la "cima del cielo". Raffael ha calentado el arroz de ayer, con salsa de tomate con ajo prioritario, y le ha cortado los aguacates de Ole. Justo cuando me llena el plato, Ole también se pone delante del autobús. "Siéntate, come con nosotros", dice Raffael. La puerta del autobús está abierta, siempre con vistas al mar. Ya ha oscurecido.

Un joven alto aparece en la puerta, rubio, delgado, con los ojos hundidos, pide una taza de té, dice que tiene una infección en la boca.

"Por supuesto", dice Raphael, "¿se ha preparado?"

"Sí, estaría bien".

Raffael prepara té, para nosotros tres también. El tipo se sienta con nosotros en el autobús, Ole le hace sitio. El joven mastica la bolsa de manzanilla, visiblemente parece recuperarse.

En la puerta se encuentra ahora Rubén, un niño rubio de trece años, acompañado por el francés Estéphane, que tiene el ceño fruncido y se ha puesto un abrigo de inka. El que habla es Rubén, en un inglés limpísimo, hijo de padres holandeses, según me explica Raffael. Se conocieron en Beneficio en la comuna donde Raffael pasó sus primeras semanas aquí en España. Allí se sintió atendido y cuidado "como en una familia".

"Raffael estaba muy emocionado porque su madre venía a visitarle", nos cuenta Rubén en un inglés limpio entre borbotones. "Pintó el techo del autobús, cubrió los cojines de los asientos y lo dejó todo súper limpio. Ya ni siquiera reconoces el autobús".

Hace un gesto de frialdad a Rafael. No me gusta eso. Raffael me ha mostrado con orgullo los resultados de su embellecimiento, así que no hace falta que me regañen.

"¡Pórtate bien o tu madre te mandará a la cama!", se atreve a decir Rubén a Rafael en tono de guiño cuando no limpia los platos enseguida. No sé si el hijo hippie está siendo demasiado descarado. Pero cuando suelta otra información sobre las costumbres de Rafael que definitivamente no va dirigida a mí, le pongo el freno. No quiero estar al tanto de los secretos de Raf-fael, ¡a menos que sea de su parte! Sólo estoy visitando su vida.

¿Qué hace a un hippie moderno?

El rubio con la bolsa de té es danés. No participa mucho en la conversación, que es en inglés. Con un "Gracias por el té" se escabulle de nuevo en la oscuridad, quizás en su cueva.

Intento una fantasía: el danés de hace un momento, recién duchado, cortado el pelo y con traje de negocios. La fantasía tiene éxito. Detrás de estos abandonos hay gente bastante normal, agradable, simpática y con buena posición económica. Son pacíficos, notablemente pacíficos. Así se despidió también el danés de nosotros: "La paz es la victoria", murmura y hace el signo de la victoria con los dedos índice y corazón.

Uno de ellos es un excelente pintor, el otro toca la guitarra para deleite de todos. ¿La vida de un artista? En la comuna viven en verdaderas familias, con muchos niños, dice Raffael.

El aspecto desaliñado es sólo la consecuencia de la vida al aire libre. Las duchas regulares no son posibles (ni deseadas), el peinado no es necesario. La ropa tiene que durar varias semanas, ¿por qué no? Los olores están permitidos, no estamos en habitaciones cerradas sino en la naturaleza abierta, lo que pone todo en perspectiva.

El hombre que ya estaba tocando su guitarra en el desfiladero a las nueve de la mañana pasa por delante de mi ventana. Yo me sobresalto, él se sobresalta. ¿Quién de nosotros parece más asustado, tan recién salido del sueño? Yo también no he podido lavarme ni peinarme en cinco días. Busco mi reflejo en la pantalla iluminada por el sol y me acobardo una vez más.

16 de enero. Muchas moscas zumban incansablemente a nuestro alrededor, mariposas de alegres colores revolotean por el aire. Los arbustos y los árboles florecen primaveralmente en blanco y rosa, y entre ellos las calas de tallo largo nos ofrecen sus hojas extendidas y sus flores blancas. Los arbustos, radiantes de exuberante amarillo, naranja y rojo, rocían su aroma.

Esta es la huerta de Europa, me dicen despreocupadamente. Los invernaderos con bosques de tomateras provocan exclamaciones de asombro. Los huertos de aguacates, que dan sus frutos en esta época del año, me tientan para recogerlos y simplemente llevarlos a casa, y pruebo más de un sharón, kiwi y pimiento en nuestro paseo.

¿Quiénes son los nuevos hippies?

Los trabajadores de la huerta de las granjas de los alrededores, con sus grandes invernaderos, también se parecen a "los" hippies: desaliñados, con el pelo colgando enredado en la cara y la ropa muy sucia. Si utilizara la apariencia de un oficinista alemán como vara de medir aquí, no sería capaz de enfrentarse al mundo.

Ya es sábado, el vuelo de vuelta a casa está previsto. Me tomé un café en el bar del aeropuerto, ahora todo está bien. Raffael me llevó de Nerja a Málaga en nuestro coche de vuelta a casa a última hora de la tarde de ayer, para asegurarme de estar en el aeropuerto a tiempo para las seis. Él y Ole habían encendido una hoguera para despedirse, y los dos habían comprado doradas en el mercado de pescado, patatas y ensalada, una verdadera comida, una barra de chocolate de postre. En el aparcamiento de Málaga, sin embargo, dormí mal: ¿estaba emocionado? ¿O fue porque el aparcamiento estaba justo al lado de la carretera? También dormí mal de vez en cuando en nuestro aparcamiento de gran altura, donde era extremadamente silencioso. Hay muchas cosas que me molestan. ¿El contacto con los hippies perjudicará a mi hijo? ¿Si distingue entre "bueno" y "malo"? ¿Si encuentra "lo suyo"? En mi presencia no fumaba, no bebía, reflexionaba abiertamente conmigo sobre las ventajas e inconvenientes de la vida libre. Ole estaba allí y dijo abiertamente: "Puedo prescindir de todo menos de un porro aquí y allá".

A Raffael le gusta el pensamiento hippie, me doy cuenta por nuestras conversaciones, pero al mismo tiempo escucho el anhelo de tener más dinero en la vida. ¿Pueden ir juntos? ¿Si puede soportar este acto de equilibrio, si puede tomar bien esta curva, encontrar su centro? Probablemente eso es lo que me ha hecho dormir mal los últimos días.

La despedida: abrazo cariñoso, apretón cariñoso. Pocas palabras. Gracias, simplemente gracias, por ambas partes. Finalmente, tengo lágrimas en los ojos mientras el avión despega.

Pienso en la cena de despedida. Samuel había recogido ayer bellotas de encinas, las había cortado como si fueran castañas, había traído una sartén de hierro fundido y la había colocado en una rejilla de nuestra hoguera. Samuel también vive en una cueva. Cuando hubo suficientes brasas, nosotros también pusimos nuestras doradas, preparadas en papel de aluminio, en la sartén, llenos de alegría por una buena cena de despedida.

"¿Qué hay ahí?", preguntó Samuel con su acento suizo.

"Nuestro pescado", dijimos sin saber.

La voz de Samuel se elevó ominosamente, sus ojos brillando malvadamente en el resplandor del fuego. "¡Podrías habérmelo dicho antes y ahorrarme la molestia!" No, no estaba nada relajado. Molesto, se alejó de nuestro lugar y encendió su propio fuego a cinco metros, con su propia vista del mar.

"¡Absolutamente vegano!" susurró Ole. "¡Pero que se dispare así de inmediato!"

Samuel, de unos cuarenta años, era el tipo más chiflado que había conocido aquí. Nunca había visto unos pies tan sucios como los suyos en sandalias abiertas y grasientas. Tenía los dedos de los pies cubiertos de pústulas. Sus uñas eran largas y negras, sus manos parecían no haber estado en contacto con el agua durante semanas. Su larga melena negra estaba enmarañada, y en su larga barba ya crecían algunas canas. Las mallas grises que cubrían sus huesudas piernas probablemente habían sido negras alguna vez. Ahora estaban descoloridos y llenos de agujeros. Mis ojos de ama de casa me lo dijeron: no se ha lavado en años. Las mangas de su holgado jersey se erizaron de suciedad. Sin embargo, tenía un rostro expresivo, ojos azules, pómulos pronunciados, con una tez bronceada era bastante guapo. ¿Vivía en la cueva porque evitaba a la gente? ¿No había entrenado lo suficiente su asertividad hacia sus congéneres como para tener que recluirse así? Preguntas y más preguntas pasaron por mi cabeza.

También ayer, conocí a Esmeralda del autobús de al lado, una mujer española. Se la veía poco, pero por la noche la oía hacer ejercicios de relajación: Hizo sonidos de aullidos, desde lo alto hasta lo bajo.

"Tiene que verter su energía negativa", me dio a entender Raffael. "Me lo explicó una vez. Está loca la mujer, pero tiene un autobús interesante".

Después de que Raffael me organizara una visita a su autobús, nos dejó entrar amablemente y también nos dio respuestas de buena gana. En un inglés fluido y pulcro, como he notado con todos los hippies de la nueva era que reclaman la vida libre en el cálido sur de allí. Había pintado las paredes de colores pastel, la colorida colcha de retazos sobre la amplia cama estaba alisada, y las instalaciones de lavado y cocina muy limpias. Esmeralda acababa de preparar su bicicleta para hacer excursiones en Nerja. Me sentí como un intruso en este espacio privado. Y parece que ella pensaba lo mismo. Después de nuestro recorrido en autobús, volvimos a escuchar su aullido. Probablemente habíamos traído mala energía a su autobús, que tenía que ser tratada antes del paseo en bicicleta.

Muchas cosas siguen pasando por mi mente en el avión mientras miro por la ventana. ¿Dónde está el horizonte aquí?

**Sin dormir en Padang Bai**

"Nos encontraremos en Padang Bai".

Así se despidió mi hijo Raffael cuando subió al autobús en Ubud, con su mochila a la espalda, para tomar el ferry a las islas Gili en Padang Bai. Son un paraíso para los jóvenes, dijo. Así que nada para mí, entendí.

Raffael ya había pasado tres meses viajando por Indonesia, de isla en isla, y antes de irse de Múnich nos hacía ilusión pasar un tiempo juntos allí. Raffael sospechaba que iba a echar de menos su casa. Y aprovecharía su estancia allí para volar a Asia por primera vez. Nunca me había sentido atraído por Asia, pero tenía la curiosidad de ir. De todos modos, Bali era especial. Había escuchado tantas cosas maravillosas sobre él.

Así que la ciudad portuaria de Padang Bai era el siguiente destino de Raffael, desde donde los ferrys se dirigían a las islas Gili, situadas al noreste de Bali. "Hacia el sur, Australia se acerca", me aclaró Raffael.

Me quedé en la pequeña ciudad de Ubud. Admirar las numerosas exposiciones de artistas locales y occidentales que se han instalado aquí. Me encantaron los bonitos cafés y las pequeñas tiendas. Las tiendas con aceites perfumados, cuencos sonoros y esterillas de yoga se alternan con acogedoras consultas de una sola sala que ofrecen suaves masajes balineses.

Pasé dos días más en esta pequeña ciudad, famosa entre los turistas occidentales por sus múltiples formas de relajarse. Pero no quería relajarme, quería experimentar. Así que también tomé uno de los muchos autobuses a Padang Bai. Sobre todo porque Rafael había dicho antes de salir de Ubud que sólo se quedaría tres o cuatro días en las Gilis. Me pareció estupendo ser uno de los muchos mochileros de todo el mundo que iban en el autobús.

En la estación de autobuses de Padang Bai, unos cuantos propietarios de casas de familia ya estaban expectantes y asaltaban a los pasajeros del autobús con sus ofertas en un inglés accidentado. De hecho, los mochileros aceptaron sus ofertas, incluido yo. La mujer balinesa a la que seguí me llevó a una casa típica con tres habitaciones para huéspedes. "Indraprastha" estaba escrito en letras delicadas en la entrada. En medio del jardín había un pequeño templo en el que florecían plantas tropicales. Tuve la previsión de instalarme en una habitación de dos camas, y desde la terraza admiré los rituales de incienso que se realizaban varias veces al día y que supuestamente ahuyentaban a los malos espíritus.

Y ahora me he quedado aquí dos días más. Había enviado a Raffael la dirección del "Indraprastha" a su teléfono móvil. Podríamos encontrarnos aquí sin problemas, pensé. Yo echaría un vistazo al pueblo y a la playa, me relajaría un poco, me bañaría un poco. Y entonces veríamos.

Pero las cosas resultaron ser diferentes. Raffael envió un correo electrónico. Sí, había recordado el nombre de la casa de acogida. Pero de alguna manera se había equivocado en el cajero automático.

Me han quitado la tarjeta de crédito. Y el empleado del banco necesita inexplicablemente al menos cuatro días para volver a sacarlo. No puede recargar mi tarjeta de teléfono móvil. Vendré algún día. Espérame en la casa de familia.

Padang Bai es un pequeño y bonito pueblo de pescadores en el este de la isla de Bali. Las pintorescas embarcaciones, los ju-kungs, con sus anchos brazos en forma de tentáculos, flotan en el agua, y los pescadores pasan el día sentados en los espigones de bambú de la playa, enfrascados en una agradable conversación u observando a los turistas que esperan los transbordadores que desembarcan a menudo.

Ya había subido y bajado la pequeña playa varias veces, no había mucho que explorar en el pueblo. Pero siempre daba esquinazo a las jaulas, que estaban instaladas en el suelo, cada una con una hermosa vista del mar. Se suponía que lo hacían bien, los magníficos gallos, que, según pude leer en mi guía, eran provistos de la mejor comida y mantenidos por los hombres en mejores condiciones que sus esposas en la casa. Sus dueños los mimaban antes de competir en las famosas peleas de gallos tradicionales. Estas jaulas de cacería en su multitud me alienaron y asustaron, sobre todo porque en Alemania predicaban que había que tener cuidado por la gripe aviar. La idea me produjo un escalofrío.

Incluso cuando caminaba por las calles más alejadas del puerto, sentía una feroz resistencia interior a los numerosos gallos y gallinas que podían arrojarme sus infectas plumas con cada batir de sus alas.

Cada pocos metros pasaba también por un apestoso vertedero, cuyos componentes llamaríamos eufemísticamente "residuos orgánicos" en nuestro limpio país. No me planteé si el olor acre procedía de la antigüedad del vertedero o, posiblemente, de la cantidad de durians desechados, la fruta apestosa disponible en todos los pequeños puestos del mercado. Con paso acelerado, seguí caminando rápidamente en cada caso hasta que, a una esquina de distancia, el siguiente olor fétido pareció pegarse a mi cuerpo. El calor tropical me mantenía constantemente empapado de sudor.

El primer día en Padang Bai, después de un hermoso baño matutino en el cálido mar, volví a meterme en el mar esa misma tarde, sin darme cuenta de que el nivel del agua era ahora más bajo en la marea baja. Me había lanzado al mar demasiado rápido, como por la mañana, y me había clavado una astilla de coral bajo la uña del dedo gordo del pie. Y cada vez duele más. Y la uña se volvió cada vez más negra. Al día siguiente parecía una infección. Según Google, tuvo que ser tratado por un médico. Uf. Sólo había una pequeña enfermería en el pueblo, me enteré. Me preguntaba qué tipo de tratamiento recomendarían. ¿Me rociarán el pie con veneno de araña o me envolverán con hojas de la selva? Pero no, todo estaba minuciosamente desinfectado, y yo entendí sólo esto por el inglés roto: cambiar diariamente, durante cinco días, y luego volver de nuevo. Nada de nadar, por supuesto, y nada de exponerse a la contaminación, ni siquiera a la arena de la playa.

Así que ahora iba a pasar más días en este minilugar, por el que ya había pasado varias veces.

Me senté en la terraza y ya no pude disfrutar de la lectura. ¿He venido hasta Bali sólo para leer? Estaba enfadado, muy enfadado.

Y luego tuve que lidiar con otro asunto.

Mi alojamiento en casa de familia estaba dispuesto de tal manera que a las habitaciones, que estaban una al lado de la otra en la planta baja, se entraba por una gran terraza a la que se podía acceder abiertamente frente a las habitaciones. Su zona de entrada estaba adornada con una pequeña mesa y dos sillas. El desayuno se servía aquí y era un buen lugar para estar si hacía demasiado calor en la habitación o demasiado frío por el aire acondicionado.

Aquella noche, me senté con las piernas en alto en la segunda silla, porque la noche anterior, una cucaracha negra del tamaño de una caja de cerillas, con unas antenas infinitamente largas, había correteado por el suelo de baldosas blancas de la terraza. No quería uno de esos entre mis pies.

Eran ya las nueve de la noche, había oscurecido desde las seis. Una pareja de habla inglesa acababa de instalarse en la habitación de al lado. Los dos jóvenes llevaron sus mochilas a través de la terraza hasta la sala. Pronto oí voces fuertes. Entrando, saliendo. A veces él, a veces ella. De nuevo un debate ruidoso. Entonces una de las mochilas se cayó de la puerta. Poco después, el equipaje de mano y la segunda mochila. Seguido por la mujer, luego el hombre. Había algo de excitación en su postura.

"¿Sabe usted", me preguntaron en inglés, "dónde podemos encontrar a los propietarios aquí? No hay nadie en la recepción".

"Sí, a la vuelta de la esquina vive la familia, puedes llamar allí", respondí. "¿Pero hay algo preocupante que deba saber también?"

Avergonzados, me miraron.

"¡Bichos! Hay bichos", dijo.

"¿Bichos? ¿Qué es eso?" No lo sabía.

"Estos pequeños insectos negros, que pican durante la noche, ¿sabes?" Indicó un pequeño tramo con el pulgar y el índice.

¡No puede estar hablando en serio! Me estremecí.

"¿Estás seguro?", pregunté.

Asintió definitivamente con la cabeza y luego se sacudió con una expresión de disgusto en el rostro: "¡Claro que sí! Los he conocido en otro hotel, fue terrible. ¡No los quiero ni una vez más en mi vida! Hay bichos en la habitación".

Los dos recogieron sus mochilas y fueron a buscar a la familia del propietario. El buscador me dijo lo que me temía: chinches. Aquí había chinches.

Ahora yo también estaba temblando.

Calculé rápidamente lo que tendría que empacar y lo rápido que sacaría mi mochila de la habitación y luego... me uniría a la pareja. Paga y vete.

Ya estaba de pie, pero me dolía el dedo coral. Sólo quería vendarlo y ya tenía preparada la pomada y las vendas.

¡Rafael!, pasó por mi mente. ¿Cómo me encontraría? Podría venir mañana y no se le pudo localizar por teléfono móvil. Y era dudoso que pudiera leer un correo electrónico, porque había planeado pasar la noche al aire libre en la playa. ¡Uf! Pero no podía quedarme en esta dirección. Lo estaba temiendo.

Por otro lado, ya había pasado dos noches aquí y no había notado nada.

Examiné mi piel hasta donde podía ver. ¿Qué sabía yo de las chinches? Sólo que te picaban cuando dormías, que luego te picaban terriblemente. Y que eran negras, se metían en los colchones y se pegaban a las paredes por la noche. Que hacían un sonido de crujido cuando los aplastabas o aplastabas con los dedos. Oh no, ¡cómo me asquea la idea!

No había marcas de mordiscos en mi piel. Sólo dos picaduras de mosquito, que ya conocía.

¿Podría ser que los bichos estuvieran sólo en la otra habitación y no en la mía? ¿O es que no era sensible a ellos? ¿O es que no les gusto, los bichos?

Mientras tanto, la pareja había pasado y se había marchado, saludándome ligeramente, y desaparecido en la noche.

Ya sentía una sensación de hormigueo en mi cuerpo. Me fui humildemente a mi habitación. Cautelosamente me detuve en la puerta. Lo busqué cuidadosamente hasta en los lugares más escondidos. Me acerqué a la cama y lentamente, con mucho cuidado, retiré las sábanas y examiné el conjunto con mucha atención. Pero no me atreví a mirar debajo del colchón. ¿Quién iba a saber lo que me esperaba allí?

¿Podría atreverme a dormir aquí? ¿Pero qué opción tenía? No, no había tenido ninguna mala experiencia. Había podido dormir bien aquí las últimas noches, ¿por qué debería dormir aquí esta noche de todas las noches?

Mi angustia disminuía con cada minuto que pasaba. Una vez más, quité el libro de la silla para poder sentarme en la mesa del patio. No, ya no era posible leer. Me levanté de nuevo. Arrastré mi pie dolorido de un lado a otro de la terraza y observé el suelo de la misma. Luego me senté de nuevo, desenrollé la vieja venda y me puse una nueva. Sí, el dedo del pie seguía inflamado. Levántalo, había dicho la enfermera.

De nuevo me pregunté si podría meterme en esta cama. Mientras tanto, me había cansado. Demasiado cansado. ¡Y no había nada que se arrastrara! Tal vez la joven de al lado se había equivocado después de todo.

Muy atento, me empujé centímetro a centímetro sobre la cama. Observando atentamente mi entorno, me tapé lentamente con la manta. No había nada. No hay criaturas. Me acosté en la cama y sentí un cosquilleo. Pero eso era sólo en el interior. ¡Ahí! ¿No había algo ahí, no había algo que me pellizcaba el estómago? Aparté la manta de un tirón y le miré. Pero no había nada allí. Sólo el viejo aguijón. ¿Sería capaz de soportarlo? ¿Podría dormir en absoluto? ¿Podría escapar del hormigueo o esto duraría para siempre? Estos pensamientos me mantuvieron ocupado durante al menos dos horas. ¿Sería capaz de...? Pero ahora era demasiado tarde para buscar un nuevo lugar donde alojarse, bien pasada la medianoche.

Al final, el cansancio me ayudó a dormir. Pero no duró mucho. Porque una y otra vez - ¡ahí! -¿No había un pellizco? ¡Algo se estaba arrastrando! Oh, qué cosquillas. Encendido de la luz, mira, no, no había nada allí. Dando vueltas y más vueltas. Dormirse, despertarse, hormiguear, encender la luz, nada, volver a dormirse...

Me desperté temprano por un ruido y un olor desagradable de la habitación de al lado: sí, alguien estaba rociando insecticida. Largo, persistente, abundante. Cerré la ventana. ¿Deberían estar fumigando por allí? No me había dado cuenta de nada y finalmente conseguí dormir unos momentos.

Rafael tampoco se presentó al día siguiente. Me quedé. Dos noches más. Y se fue tranquilizando.

Cuando por fin llegó Raffael, también durmió como un oso.

Sólo le hablé de mi manía por las chinches cuando volvimos a Alemania. Luego se rió a carcajadas y me mostró las marcas de mordiscos desvanecidas en su cuerpo. "Tienes suerte de que el bicho de mi mochila ya estaba muerto cuando lo vacié en tu piso".

Dejé escapar un pequeño grito, muy pequeño.

**Es otoño en Törnen**

De camino a nuestros antepasados

Cuántas veces contaron Motter y Voter en sus historias sobre los pueblos que ahora atravesábamos: Gergeschdorf, Rotkirch, Törnen. Sin embargo, Motter -que adoptó la forma de dirigirse a mis padres a partir de su dialecto nativo- tuvo que traducirnos los nombres de los pueblos rumanos a medida que nos acercábamos a nuestro destino tras dos días de viaje. Hoy son Ungurei, Ro?ia de Secas, Pauca. Sí, queríamos ir a Tör-nen, Pauca, Jude?ul Sibiu - esa era parte de la dirección de mis dos primos de la misma edad aquí en Rumanía, con los que había mantenido una amistad por correspondencia hace cuarenta años. Vivían en el extenso barrio de la hermosa y antigua Sibiu/Hermannstadt, la metrópoli de Transilvania y Capital Europea de la Cultura 2007.

Ya en el trayecto por Ungurei/Gergeschdorf, mi hijo Raffael y yo, descendientes de esta antigua tribu nacidos en Múnich, entramos en estrecho contacto con la decadencia de la tierra "de la abundancia y la fuerza" descrita en el "Himno de Transilvania". Finalmente, el camino nos llevó a pasar por el antiguo cementerio. Motter nos lo había señalado.

"LUGAR DE DESCANSO". Evangelischer Friedhof Gergesch-dorf" (cementerio protestante de Gergesch-dorf) estaba escrito en grandes letras de fractura en un letrero de esmalte blanco descascarillado sobre la puerta de entrada de hierro forjado. De ella colgaba un candado oxidado y una nota deslavada en una funda de plástico que decía: "Las llaves están en Rop-pelt, Hauptstraße 40".

Motter mencionó casualmente: "Allí arriba, a la izquierda de la capilla, está la tumba de mi abuelo Gergesch-dorf. Y mi bisabuelo también yace aquí. Había sido pastor en Törnen. Incluso había una foto de él y su esposa en su lápida. Me pregunto si la lápida sigue ahí. Veo que muchos se han caído".

Raffael, mi hijo menor de 29 años, no había hablado mucho más allá de las cosas de organización necesarias para el viaje. El largo viaje en coche de mil cuatrocientos kilómetros había sido agotador para todos nosotros.

Pero de repente se animó y mostró la emoción del explorador. "¡La llave, necesitamos la llave!", dijo emocionado, y me contagió con ella también.

El Sr. Roppelt estaba en casa y se alegró de nuestro interés. Tenía unos cuarenta años y un niño pequeño en brazos. "Mi mujer es rumana", explicó, "y por eso me quedé aquí en Gerge-schdorf y en Rumanía". Su alemán tenía el sonido duro que es tan típico del alemán de los siete borgoñones-sajones. Él mismo recorrió el cementerio con nosotros.

Aquí descansan Martin Lutsch y su esposa María. Aquí descansan Matthias Roppelt y sus hijos Michael y Johann. Aquí descansan Michael Lutsch y su esposa Katharina. Sus hijos están de luto. Aquí descansan Michael Ganesch y su esposa María.

"¿Qué está pasando aquí?" Sacudiendo la cabeza, Raffael caminó de una tumba a otra. "¿Por qué aquí todo está en alemán?"

Al fin y al cabo, habíamos conducido cinco horas desde el cruce de la frontera húngaro-rumana por carreteras rumanas, a través de largos pueblos rumanos, la gente era rumana, y cuando parábamos por el camino, la gente a nuestro alrededor hablaba rumano. ¿Qué más? ¿Y ahora, en medio del país, un cementerio de habla alemana?

Los sajones de Transilvania se delimitaron claramente. Defendieron ferozmente sus escuelas e iglesias en lengua alemana. Sólo así pudieron sobrevivir a todos los intentos de asimilación de la monarquía imperial y real y del Estado rumano. Monarquía y el dictador rumano Ceau?escu, pudieron mantener su autonomía como minoría en el país. El actual cementerio rumano estaba en otra parte del pueblo.

Las numerosas historias contadas por su abuela, en las que había recalcado repetidamente que, aunque había nacido en Rumanía, no era rumana sino alemana, probablemente no habían sido lo suficientemente vívidas para la imaginación de Rafael.

Los tres hermanos de Rafael viajaban independientemente de nosotros para poder revivir las historias de la abuela en el lugar original. Con su ayuda, he podido llevar a mi madre de 90 años y su silla de ruedas en mi furgoneta camper. A pesar de sus achaques de edad, que le dificultaban el viaje, no había necesitado mucha persuasión para realizarlo.

Visitar de nuevo su antiguo país de origen y mostrar a sus nietos todas las cosas que ahora les interesan por su edad, pero que no podían imaginar sólo por los relatos de la abuela, fue motivación suficiente para que emprendiera el largo viaje. Yo también me alegré mucho de ello. Y Raffael asumió su papel de fuerte ayudante de la abuela de forma ejemplar y se confió por completo a la guía de Muttl y de la abuela.

"Estamos buscando la tumba de Michael Imbrich".

El Sr. Roppelt se rió. "Aquí hay al menos cinco veces ese nombre. ¿No sabes nada más al respecto?"

Motter pudo al menos describir la ubicación de la tumba de sus abuelos. Y efectivamente, ahí estaba.

"Si se vierte agua sobre la lápida, se puede descifrar la escritura un poco mejor", nos explicó el Sr. Roppelt.

"¡Muttl, te llevaste agua para beber en tu mochila!" Raffael estaba muy emocionado. Yo también lo estaba, así que inmediatamente vertí nuestra agua sobre la piedra. Sí, ahora estaba claro para leer. Además, trazamos la escritura profundizada con los dedos:

Aquí descanso

Michael Imbrich

Nació en 1872 y murió en 1921

y sus hijos Samuel y Johann ...

"Se me pone la piel de gallina", dijo Raphael.

A mí también me invadió un sentimiento extrañamente sagrado cuando nos colocamos junto a "nuestra" lápida y el Sr. Roppelt se hizo una foto con nosotros. Sí, habíamos viajado hasta aquí durante dos días con mi vieja madre, y había sido agotador, pero aquí, en suelo extranjero, yacía una parte de nosotros mismos.

Hemos agradecido mucho al Sr. Roppelt la visita. Luego pasamos a Törnen. ¿Qué nos espera allí?

Llegó a la casa de Motter

En Törnen/Pauca el asfalto fue arrancado. La antigua Törnen, tal y como la había conocido en mi última visita de adolescente, iba a recibir ahora un sistema de alcantarillado.

un sistema de alcantarillado por primera vez. Habíamos llegado justo a tiempo para vivir las historias de mi madre de forma auténtica y de primera mano, antes de que la civilización llegara al pueblo.

"Despacio aquí", me pidió mientras pasábamos por las primeras casas de Törnen.

"Los Makkali vivían aquí, junto a ellos los Dalnaatsch, luego los Geggesch, los Luponz, los Hanzen..." Motter todavía los conocía todos, los nombres de los clanes de Törnen, con los que se podía identificar mejor a las familias que con los apellidos oficiales, a menudo idénticos. Sus casas seguían en pie, pero las contraventanas estaban cerradas y bloqueadas, el yeso se desprendía, las hierbas salvajes crecían delante de las grandes puertas de entrada que antaño habían acogido los carros de caballos. En el largo pueblo, típico de la región, las fachadas de las casas se alinean a lo largo de la calle, cada una con dos casas que comparten una pared. Los jardines que había detrás de ellos a menudo se extendían kilómetros por la colina. Entonces entramos en la dirección "Hinter den Gärten", la única calle del pueblo que se desvía a la derecha de la carretera principal.

Mi prima Sinni había puesto a nuestra disposición la casa de sus padres para nuestra reunión familiar. Nos permitieron quedarnos aquí durante quince días. Sinni había abandonado su hogar con su familia inmediatamente después de la apertura de las fronteras occidentales en 1990, al igual que la mayoría de los sajones de Transilvania.

Dos casas más adelante en la fila se encontraba la casa de los padres de Motter, que pertenecía a su hermano Georg. Visitó su casa con su esposa María y su hija María. Vivió aquí con su familia hasta la caída del Muro. Entonces, ellos también se marcharon a Occidente lo más rápido posible. A la Selva Negra, donde la hermana de su mujer se había trasladado tras la Segunda Guerra Mundial. Con la presencia del tío Georg, podríamos estar seguros de obtener una pequeña explicación sobre el estado de las cosas en Törnen en estos días - y en Transilvania, cuyo pasado único de novecientos años pronto será simplemente historia.

Fue una agradable coincidencia que Maria Henning y su marido Martin estuvieran aquí como vecinos. Ambos vivían en Alemania, y también estaban de visita en su propia casa. Maria Henning se lo había comprado hace tres años a su padre, que entretanto también vivía en Alemania. Martín y María pasaban sus vacaciones anuales renovando la casa de sus padres y manteniéndola en condiciones de ser habitada. A mil seiscientos kilómetros de su actual hogar en Baviera.

María nos condujo hasta uno de los pocos sajones transilvanos que aún vivían permanentemente en el pueblo. Cuidó la casa de mi primo Sinni durante el resto del año. María nos acompañó a la entrada trasera, que estaba en nuestra calle, y llamó en su viejo dialecto sajón de Transilvania:

"¿Mai-Maun?", que significa: "¿Tía María?"

"De Mai-Maun es net hae, dinken ech, owwer ech well se amoll uroffe", respondió una mujer desde el jardín vecino, poniéndose el móvil en la oreja. Pero la mujer a la que llamaron estaba en su casa y salió, también con su teléfono móvil en la mano.

"¿Qué quieres, Enno? Haj jo, de Geest sänn hae!" gritó. "Äch wäll norr de Schlässel hiulen".

Cuando quise dar marcha atrás con la autocaravana por el estrecho camino bordeado por un foso hacia la entrada del patio, las dos gallinas tuvieron la amabilidad de dirigirme por la derecha. Para entonces, el vecino rumano de la izquierda también había salido de su casa y me dirigió desde su lado. Mai-Maun, que me había dado la llave, gritó con voz fuerte desde atrás, y Enno, su vecino, me indicó con movimientos de brazo a veces a la izquierda y a veces a la derecha cómo debía dirigirme. Otro rumano había detenido su vehículo tirado por caballos, estaba encendiendo tranquilamente un cigarrillo y comentando lo que sucedía con sus movimientos de cabeza y sus ruidosos "da, da" y con "nu, nu".

Por fin estaba dentro. Pero empujar más atrás, subiendo más por la franja de hierba ascendente del patio, no era posible: sobre el suelo arcilloso y húmedo mis neumáticos delanteros se escurrían ahora.

"Oh, lo siento, hoy estaba lavando la ropa y el agua está corriendo colina abajo hacia la carretera. Ahora todo está mojado", se disculpó Ma-ria, la hija de 35 años de mi tío Matthias en la casa de al lado, que también había presenciado nuestra llegada mientras tanto.

Así que la puerta del patio permaneció abierta durante la noche.

"¡No pasará nada!", me aseguraron Martin y Maria Henning.

Sólo en conversaciones posteriores, María, mi prima, nos contó que hacía poco tiempo dos figuras habían llamado a la puerta de su finca a las tres de la mañana y que la familia sólo los había ahuyentado mostrando su presencia en voz alta. Desde la migración de los sajones de Transilvania a Alemania, muchas de las granjas han sido completamente abandonadas o sólo se visitan durante cuatro semanas al año como lugar de vacaciones. Todavía podría haber algo que conseguir...

Pero en los días siguientes, nadie lavó la ropa, la carretera se mantuvo seca y pude conducir hasta el prado con los neumáticos secos y cerrar la puerta por la noche.

Una vida desconocida

"Puedes usar mi bomba en el pozo", le ofreció Martín a mi hijo Rafael. "Sólo hay que esperar dos horas, cuando el agua se vuelve turbia, para que se aclare antes de seguir bombeando".

Un barril de doscientos litros nos bastaría para los próximos días, dijo.

"Aquí no hay que pensar en ducharse como en Alemania", explica Mar-tin riendo. "¡Tampoco solíamos ducharnos! Lavarse un poco más que la cara una vez a la semana, ¡no se nos ocurrió hacer nada más!"

Mi autobús de acampada tampoco nos ofrecía una ducha, sólo estaba equipado con una pila de agua mi-ni a favor de más espacio.

Así que, sobre una pequeña plataforma de hormigón en el patio, pusimos una palangana de hojalata que habíamos encontrado en la casa. Después de que Motter se lavara las manos en ella, Raffael se quedó perplejo.

"¿Y yo?", preguntó.

"¡Bueno, tú también!", le respondió Motter.

Vacilante y con una expresión de desgana en su rostro, se lavó las manos en la misma agua. Motter se puso a su lado y se rió. Y tenía una historia que contar durante los siguientes días sobre los jóvenes mimados.

"¡Nuestro pozo tenía veinte metros de profundidad!" Contó con orgullo el suministro de agua en la casa de sus padres, a dos casas de distancia. "Este en Sinni's no es tan profundo. Quiero ir a casa de mi hermano ahora mismo. En ningún otro lugar he bebido agua tan buena".

Luego pidió su bastón. Con una energía y velocidad inimaginables, ya se dirigía hacia su hermano. ¿He mencionado que Motter también se llama María?

El largo patio, que consistía a partes iguales en un jardín y un prado, estaba cerrado por una larga franja de hormigón de un metro de ancho justo delante de la casa. Impidió que uno saliera directamente de la pradera terrestre a la sala.

Ahora entré en el salón y me sentí instantáneamente transportado cuarenta años atrás. Aquí es donde, recordé, la familia solía reunirse para cenar. El olor a tierra seca y a tocino ahumado flotaba en el aire igual que entonces. Había estado delicioso, el tocino bien colgado, tan tierno y aromático, como nunca lo he vuelto a comer. En mi mente, vi a mi tía sosteniendo la enorme barra de pan frente a su pecho con la mano izquierda y guiando el gran cuchillo a través de ella con su fuerte mano derecha para cortar los gruesos bordes para la familia y nosotros los visitantes. El tocino fue cortado en cubos del tamaño de una taza. Nos los llevábamos a la boca con las manos, y del pimentón -que por aquel entonces iba apareciendo poco a poco en los supermercados alemanes- cortábamos tiras y las mojábamos en sal. ¡Qué maravillosa fiesta fue para una colegiala de diecisiete años de Múnich!

Sobre la mesa con las seis sillas colgaba el mismo lema bordado a mano, pulcramente bordado sobre lino blanco con hilo rojo y ricos adornos, como se muestra en una vieja foto de mi álbum de fotos de juventud:

He encontrado las horas más bonitas del mundo sólo en mi casa.

Un viejo armario se encuentra allí, con vajilla y ollas. A su lado, una cocina sin usar, conectada a la chimenea con un tubo de cocina, pero cubierta pulcramente con un mantel bordado a mano, porque aquí no hay nadie en invierno.

Y un banco arcón, es decir, un banco de madera que contiene una cama hundida cuando se extiende. En la esquina entre la entrada y la puerta de una segunda habitación, que sólo tiene una ventana que da al patio, hay un marco de madera con un hueco en el que cabe el gran lavabo familiar. En la habitación de die-sem encontramos una cama, que le proporcionamos a Motter, y un saco de paja en el suelo, lo que a Rafael le pareció bien. "¡Nunca había dormido en un saco de paja!", dijo entusiasmado. "¡Muy ecológico es!"

Por aquel entonces, hace cuarenta años, la estrecha cama de arcón de la carretera se encontraba en este lugar, sirviendo de lugar para dormir a tres de los seis hijos de la familia. Se había despejado para mí, y los tres chicos habían dormido en el pajar como algo natural.

Cinco pasos más arriba, siempre a lo largo de la franja del jardín y la pradera, llegamos a la segunda entrada, que conducía a la tercera y última habitación pequeña. En él descansaba un viejo armario de cocina, junto al cual había una mesa con una tapa de plástico sobre la que se encontraban dos placas eléctricas. Seis sencillas y desgastadas sillas de madera enmarcaban una mesa de comedor de madera, cuyos travesaños inferiores estaban desgastados por los pies de los seis niños que habían crecido en esta casa. Detrás de él había otro banco de arcón que había sido retirado. En él yacía otro saco de paja en el que, con romántico regocijo, mi hija Lisa dormiría después con su marido y la cuarta generación, el bisnieto de Motter, Vinzent, de diez años. Los tres habían combinado el viaje a Transilvania con un viaje a los Balcanes. Mis dos hijos mayores, Dominik y Markus, de treinta y siete y treinta y cinco años, también habían tomado el avión a Sibiu mientras tanto y se unieron a nosotros en un taxi barato. Les gustaba dormir sobre el heno en el granero.

No nos fue fácil organizarnos aquí. En estas pequeñas habitaciones teníamos que almacenar todas nuestras bebidas y alimentos, carne, verduras, fruta, vino, cerveza, agua... todo en esta cantidad y de forma tan confusa. ¿Y dónde poner la basura? El despiadado calor de septiembre de esta región del sur ya estaba esperando directamente frente a la puerta abierta.

Motter tomó el mando como algo natural.

"¡Consigue agua del pozo! En el gran cuenco de hojalata", le ordenó a Raffael.

"Y el agua usada, siempre tengo que llevarla al desagüe junto al pozo...", refunfuñó.

Sin entender, negó con la cabeza. "¡Pero si lo tiras en el jardín!"

Cuando puse un cubo de abono fuera de la puerta, volvió a sacudir la cabeza. "También tiras eso en el jardín. Si no, los mosquitos entrarán aquí".

Los huesos de los melocotones, los corazones de las manzanas, los tallos de los pimientos, las uvas recogidas en el jardín... bueno, nosotros, habitantes inexpertos de la ciudad, aprendimos a tirar todo esto simplemente sobre el césped en el jardín y a llevar los restos más grandes recogidos por la noche al montón de compost seco. Esta se encontraba detrás del granero que bordeaba el ancho de la propiedad. Allí en la parte de atrás, donde también habíamos encontrado el retrete.

"Todos los granjeros de aquí han construido el granero en el camino, lo que frena el viento que pasa", nos explicó Motter con maestría. Y no dejaba de recordarnos: "¿Por qué no cierras la puerta del granero? De lo contrario, los animales entrarán. Ovejas y caballos que pastan, zorros, perros callejeros, y antiguamente también el lobo. Recuerdo a mi padre con un palo en la mano..."

Bajo el hechizo de las campanas de la iglesia

Mi prima María nos acompañó hasta la colina del cementerio y nos enseñó las tumbas de nuestros bisabuelos comunes Törner. Aparte del agua, esta vez había traído un lápiz y un papel para trazar las esperadas escrituras descoloridas y copiarlas.

El domingo, Markus, mi segundo hijo, quiso ver si se celebraba una misa. No, nada. Miró escrupulosamente el campanario de la vieja iglesia. Sabía lo que estaba pensando. Pero no había nadie en la rectoría para darnos la llave.

"Vamos, Muttl, podemos hacerlo. Te haré una escalera de ladrones".

Sentí calor. ¿No era eso entrar sin autorización? ¿O fue una profanación de la iglesia? ¿Indigna?

Pero entonces su interés por nuestra historia común era más importante para mí que la ley y el orden, y esperaba que el sacerdote también lo viera así. ¿Probablemente ya había vivido en Alemania? Pero no volveríamos a venir a Törnen en esta composición. Ni con ni sin Motter. Así que: en un santiamén me empujó hacia arriba y se subió a un puntal que sobresalía.

Allí colgaba, una gran campana de bronce, con las letras fundidas en ella:

Dedicado por sus compatriotas

de Estados Unidos en 1926.

Incluso entonces, Transilvania sobrevivió a una ola de emigración. ¿Cómo continuaría hoy en día?

Dos días antes, había estado con Dominik, Markus y Lisa en Bußd, distrito de Mühlbach, donde nació mi padre. Había sido reclutado por la Wehrmacht alemana como soldado y fue liberado a Alemania Occidental en 1946 tras ser prisionero de guerra estadounidense. En Bußd habíamos buscado la casa de mi abuela con la ayuda de Motter. Pero todo lo que encontramos fue un campo. Tras unos minutos de silencio pensativo, fui al coche y cogí una bolsa. Le pedí a Dominik que me lo sostuviera y eché tierra con mis manos. En casa, en Múnich, lo pondría en un tarro decorativo en la estantería, y tal vez escribiría "Heimaterde" en él...

En el recodo tras el que se llegó a la casa de Voter se encontraba la antigua iglesia fortificada de Bußd. ¡Qué fuerza irradiaba todavía! A pesar de los muros que se desmoronan. Aquí, también, una nota con la dirección del poseedor de la llave, aquí, también, nadie en casa.

"¡Quiero entrar ahí!", había dicho ya Markus en esta iglesia.

Buscó un punto ligeramente roto en el muro que rodea el cementerio. Y puf, estaba en el patio de la iglesia. También Dominik y su hermana Lisa. "¡Vamos, Muttl, puedes hacerlo!" Así que yo también lo hice. Sí, quería apoyar la curiosidad de mis hijos por todos los medios. Subimos una escalera de madera en mal estado y nos apoyamos mutuamente hasta llegar a la cima. Allí nos encontramos con una gran sorpresa que nos planteó emocionantes acertijos. "Dedicado por Georg Platzner 1926" se podía leer en letras sublimes en la campana. Ya habíamos visto la lápida de Georg Platzner en el cementerio de Bußd. Platzner era el apellido de soltera de la madre de Voter. ¿Y ahora? No hay nadie para preguntar. El votante ya había muerto. Durante mucho tiempo, los cuatro estuvimos sentados en silencio alrededor de los maderos podridos y la campana, antes de bajar con cuidado y volver a salir para regresar a Törnen con Motter, que estaba esperando en el autobús del camping.

Motter había hecho sacrificar un cordero por un pastor del pueblo para las barbacoas en nuestra granja de Törnen. Disfrutaba regalando muchos de sus recuerdos junto al fuego y a cambio, aquí en su tierra, teniendo oyentes muy interesados. En Múnich, todo había quedado muy lejos para sus nietos.

Pero en nuestro recorrido por Törnen/Pauca, Motter -Raffael empujando la silla de ruedas- también nos mostró la gran plaza de la ciudad que, en última instancia, había cambiado su vida y con ella la mía -sí, la de todos nosotros-.

Hoy en día, un nuevo ayuntamiento se levanta en este lugar.

El 13 de enero de 1945, hace setenta años, ella y su hermana mayor fueron expulsadas de su casa por la policía rumana y reunidas en esta plaza con otros noventa y ocho habitantes alemanes del pueblo. Desde aquí fueron conducidos a la estación de tren de Hermannstadt, a treinta kilómetros de distancia. El resto lo conocía por sus historias anteriores. Los habían metido en vagones de ganado y los habían deportado a un campo de trabajo en lo que entonces era la Unión Soviética. Pero en este mismo lugar me sonaba diferente que en la mesa del salón de Motter en Múnich. Aquí, con la vista de la antigua iglesia fortificada en la cima de la colina, donde los sajones de Transilvania se habían defendido a sí mismos y a su tierra contra las invasiones de turcos y tártaros cientos de años antes. En este caso, informó Motter, los policías rumanos se habrían puesto en fila y habrían utilizado sus golpes para asegurarse de que nadie se escapara. El llanto y los sollozos eran desgarradores, dijo, a las siete de la mañana, cuando las campanas de la iglesia bajaban de la colina al compás de los gritos severos de los gendarmes.

A través de esta y otras turbulencias de la guerra, Motter llegó a Múnich, y tuvo que quedarse, involuntariamente, como refugiado, debido a las circunstancias políticas de la época. Entre los refugiados, conoció a mi padre, que venía de Bußd. Así que nací en Múnich y no en Törnen. Así que no me llamo María y no aprendí a conducir carros de bueyes, pero se me permitió ir a la escuela de gramática y estudiar. Al igual que mis hijos.

Hoy Motter tiene una enfermera rumana en Múnich, que se llama Loredana. No habla alemán. No hace falta, porque el rumano de Motter, que sólo había practicado como lengua extranjera hasta su deportación a los nueve años, sigue siendo sorprendentemente bueno. Loredana es muy agradable. "Aunque sea rumana", dice Motter. Ha perdonado a los rumanos. Y está encantado de que Loredana cocine "como en casa".

**Como madre en Turquía**

Un viaje a Turquía, segunda opción

Ganaba bastante bien, mi hermana lo sabía. Así que no tenía excusa: Tenía que venir. "Lo único que quieren hacer mis tres es deporte", dijo, "y luego me siento sola". ¿Por qué no vienes conmigo algún día, y así podremos volver a tener una buena charla?"

Unas semanas más tarde escribí a mis hijos:

"Querido Dominik, querida Lisa, querido Markus, querido Raf-fael (esta vez no en el orden de sus edades, sino en orden alfabético para variar),

Hace unos días aterrizamos en Antalya. Nunca habría reservado unas vacaciones con todo incluido sin Nicole, ya lo sabes. Desde que ya no estoy con tu padre, hemos pasado muchas vacaciones de camping juntos, y lo que más me gusta es la vida libre del camping. Pero ahora estoy informando desde el "hotel vacaciones extremas". Porque Nicole me ha convencido.

Y, sorpresa, sorpresa, estoy encantado.

Si fuera un purista de la naturaleza, tendría que rechazar todo esto: Todo el complejo hotelero como tal, en el que los centroeuropeos nos vemos obligados con nuestros propios valores, en medio de la vida extranjera, en una cultura extranjera, lo principal son las vacaciones en la playa. No funcionaría en absoluto, no encajaría en absoluto, si fuera un purista.

Pero en cuanto llegué aquí, olvidé todo eso de un plumazo. "Bienvenido al Club Sonnenparadies" está escrito en letras grandes sobre la entrada. Y no se llama club por nada.

Vivimos aquí en una zona enorme, varios kilómetros de ratas protegidas con el mar delante y las montañas detrás. Varios centenares de casas se reparten por la zona, tienen entre dos y tres plantas como máximo y cada una de ellas alberga un número de amplias habitaciones de hotel. Para facilitar la búsqueda de la propia unidad hotelera, los edificios se agrupan como pequeñas islas, y éstas reciben nombres ordenados como Sol, Luna y Noches Planetarias. Pero no parecen ser suficientes, porque también he visto unidades etiquetadas como Mar, Agua, Playa, Arena y similares. Los espacios verdes entre los edificios tienen nombres de calles como Pinienwald o Zu den Palmen o Auf der Wiese. Sí, todo en alemán.

Una ventaja práctica de estas vacaciones del club es que todo está incluido, no sólo la comida y la bebida, sino también los cursos deportivos sin fin. Estos son siempre dirigidos por entrenadores pro-fit. Un árbitro musculoso y bien entrenado reúne a un equipo de voleibol de playa varias veces al día en horarios establecidos. Amigable y decidida, nos enseña las reglas del juego. Yoga, estiramientos, abdominales/piernas, XCO Shape, entrenamiento de la fascia, todas las tendencias modernas, todo está ya ahí. Y para hacer spinning, hay un centenar de bicicletas indoor en el gran pabellón deportivo.

De todos modos, siempre es posible nadar, el mar tiene una temperatura agradable. Sauna por la noche. Todo es elegante, nuevo, moderno, con mucho mármol, mucha madera, muchos toalleros, muchos albornoces acogedores, muchas zonas de descanso nobles, nada de moho, como experimentamos y nos encantó en nuestros campings: aquí siempre está limpio.

Volveré a casa en plena forma después de esta semana.

Pero también seré redondo como una pelota.

Porque la comida es increíble. Esta selección de buffets apetitosamente preparados, sí, has leído bien, con innumerables mesas de fiesta de cinco a diez metros de largo: buffet de ensaladas, buffet de pescado, buffet de comida ligera, buffet de carne de cordero, buffet de carne de ternera, buffet de carne de pollo, y para nosotros los turistas también hay un buffet de carne de cerdo en este aislamiento. Todo se prepara ante nuestros ojos, incluido el pescado frito delante de nosotros, las verduras en lo que parecen cincuenta maravillosas variantes y, por supuesto, también hay un buffet de postres que consiste en todo tipo de delicias artísticamente preparadas de las más diversas regiones, además de frutas siempre frescas, cortadas de forma apetitosa e inteligentemente apiladas. Todo tipo de bebidas, té, café, cerveza y vino de mesa incluidos, lo que significa que nunca tendrás que pensar: ¿Quiero permitirme otro? Simplemente lo entiendes. Peligroso. El Club Sonnenparadies es un club alemán. Eso significa para todos los estresados gerentes alemanes y compañía que no tienen que adaptarse un poco y luchar con un idioma extranjero. El personal también habla alemán, al menos los huéspedes. Son una mezcla relajada de todo tipo de profesiones y grupos de edad. Algunos estados federales aún están de vacaciones, por lo que también hay familias con niños. Y nosotros. El concepto de club dicta que la gente también se mezcle en las mesas del comedor. Te sientas con otros en la mesa para ocho y buscas una conversación común; hasta ahora, eso siempre ha sido estimulante para mí. Deliberadamente no hay Wi-Fi en la zona del restaurante.

Pero, por supuesto, también me gusta volver a pasar mucho tiempo con mi hermana después de mucho tiempo y ponerme al día con ella, además de todas las actividades deportivas en las que nos gusta participar a los cinco. Tu tío Hans-Dieter también está allí, pero a tus primos Tamara y Susanne también les gusta tomar este tipo de vacaciones del club con sus padres.

En resumen: Nicole no se divierte conmigo con el cotilleo que esperaba. Yo también sucumbí a las tentaciones de las numerosas y variadas ofertas deportivas y de entretenimiento. Desde el primer día, tengo un gran dolor muscular, que iré cubriendo con nuevas actividades deportivas hasta el final. Y tengo una enorme barriga gorda que crece y crece y no se puede tapar.

Conclusión: no tengo ni idea de en qué país estoy, ni de los problemas que mueven a este país, pero aquí se está bien. En unos días estaremos de vuelta en el avión. ¿Y dónde estábamos?

Sinceramente

Su madre

Un viaje a Turquía, primera opción

Después de mi divorcio, tardé bastante tiempo en conseguir suficientes trabajos como autónoma. Así que, por el momento, mi cuenta bancaria estaba vacía. Me alegré cuando gané un viaje en un concurso (¡sí, lo había intentado todo!): una semana en Turquía en abril, cuando los hoteles aún estaban vacíos. Pero he leído en la red que las temperaturas del baño ya eran de esperar. Peter, con quien me atreví a contraer un segundo matrimonio durante seis años, era profesor y, por tanto, dependía de las vacaciones. Así que di el paso solo. Sólo tenía que llevar dinero de bolsillo, me había limitado a cien euros para esa semana. He escrito a mis hijos:

Querido Raffael, querida Lisa, querido Markus, querido Domi-nik (para variar, empezaré por la parte de atrás en cuanto a la edad),

Inmediatamente acepté el apretado calendario de vuelos y me marché, ya lo sabes; por supuesto, aún tenía mucho que organizar en el trabajo y apenas tiempo para prepararme. Nunca en mi vida había participado en un viaje organizado y tenía grandes reservas. Hasta ahora, siempre habíamos ido de vacaciones por nuestra cuenta. Nunca había estado en Turquía. ¿Qué sabía realmente de Turquía? Patéticamente poco. ¡Y entonces pude experimentar tantas cosas interesantes!

Me saltaré el primer día, marcado por la llegada y la orientación inicial, y empezaré directamente con el segundo:

El itinerario, tal y como se había confeccionado y anunciado, incluía un viaje en autobús al interior de Anatolia, a Pamukkale. Partimos de Antalya, donde pasamos la primera noche en un hotel. Antalya tiene más habitantes que Múnich. Compartí mi habitación doble con una mujer de Germering, al parecer tampoco quiso pagar el suplemento de habitación individual. Pero es agradable.

El guía, el Dr. Yildiz (¡sí, ese es su verdadero nombre!), fue muy agradable. Significa "estrella". En Alemania probablemente se llamaría Müller o Schmidt), es germanista, por lo que habla perfectamente alemán y da al grupo de turistas mucha información interesante sobre Turquía, la estructura social, el sistema escolar, la economía y la historia. Desgraciadamente, no podía recordarlo todo.

Condujimos por una carretera de paso a través de los Montes Tauro. La arenisca debe ser bastante blanda porque está muy fisurada. La forestación previene los desprendimientos de tierra y la caída de rocas. Mi corazón se hundió al ver tanta naturaleza hermosa y salvaje. Pasamos por Termessos, una antigua ciudad aduanera. Se sabe que a Alejandro Magno le hubiera gustado tomarla, pero no lo consiguió, ni siquiera con sus tropas, porque el "nido de águila" está construido en medio de acantilados salvajes y se encuentra a mil metros de altura.

A principios de mayo llegan las cigüeñas desde África, y luego los nómadas se trasladan desde las colinas bajas a las montañas frescas, donde permanecen hasta finales de agosto. Las cabras son su capital. De setenta a ochenta por familia. Los pastores más ricos tejen sus tiendas con pelo de cabra, que refresca en verano y calienta en invierno. Los menos pudientes atan arpillera marrón oscura a lonas de plástico con cuerdas.

Por otra parte, grandes huertos de manzanas se extienden por la meseta. Las villas enrejadas para los ricos de la ciudad, que pasan el verano aquí en las frescas tierras altas, están contiguas a pequeños asentamientos con casas para los más pobres, no, los pobres, cuatro paredes, un techo, hecho.

Nos acompañaron carteles de topónimos impronunciables. Viajamos cómodamente con aire acondicionado en un autobús Mercedes que sólo iba medio lleno, y todo el mundo tuvo un asiento de ventana.

También se planificaron descansos. Nos libramos de la aventura del "baño de pueblo turco", ya que el conductor del autobús paró en una gasolinera para turistas, que nos ofreció una taza de váter, lavabo, papel higiénico y limpieza.

Pasamos por Korkuteli. Los caballos arrastraban sacos de cemento, sandías, berenjenas y otras mercancías por la pequeña ciudad. La población de aquí arriba correspondía a la imagen que los trabajadores turcos invitados me daban en mi infancia: tez oscura, estatura pequeña, pelo negro ligeramente rizado, nariz pronunciada, postura encorvada, la expresión facial más pellizcada que alegre.

A medida que avanzábamos, nos acompañaron durante kilómetros unas colinas escasamente arboladas y onduladas a izquierda y derecha, que daban la impresión de ser dunas de arena. En la cima de las montañas, los campos de nieve siguen brillando.

Unas cuantas casas muy sencillas, pequeñas cajas cuadradas con tejado, se apiñan en el paisaje.

A continuación, vuelve a haber un desierto montañoso y pedregoso. En una cantera se puede ver la dura estructura de las rocas, que la meteorización ha disuelto en un interminable mar de piedras. Sólo porque se movían pude distinguir las numerosas ovejas entre las piedras. Si yo fuera una oveja, me preocuparía por desatar una avalancha de piedras cada vez que las pisara.

Un pequeño pueblo con un cementerio de montaña apareció al lado de la carretera. Sólo los nombres de los difuntos siguen siendo legibles en lápidas muy nuevas, porque las tumbas no se mantienen en el Islam. Se cuida a los vivos, se valora al padre y a la madre. Las pocas casas del pueblo mostraban todas la misma imagen: las alfombras se habían limpiado en húmedo para la limpieza de primavera y ahora estaban colgadas fuera para secarse. Coloridos y simpáticos, adornaban los postes que forman parte del equipamiento básico de las casas, cada casa tiene uno. En la mayoría de las casas, me resultaba difícil imaginarme alfombras en el interior por el estado del exterior. ¿De dónde sacarían los materiales? Una pequeña tienda está integrada en una de estas casas diminutas y almacena sólo los productos más necesarios. Sería un día de viaje hasta la tienda de bricolaje más cercana de la ciudad. Tras una hora de viaje, las interminables cadenas montañosas seguían alzándose detrás de vastos valles, pero al menos divisé casas aisladas, en algún lugar de las rocas o empujadas muy atrás, fuera y lejos de la carretera.

Pasamos por delante de algunas familias nómadas que utilizaban una llanura cercana a la carretera para ellos. Estaban asentadas sobre estacas de madera bajo una lámina de plástico para protegerlas de la intemperie. A su alrededor saltaban cientos de cabras, negras, marrones, blancas.

Tras un descanso, condujimos otros tres cuartos de hora hasta Pamukkale y dejamos el autobús directamente en un restaurante donde había mesas reservadas para el grupo de turistas.

Como mi premio sólo incluía alojamiento y desayuno y no había reservado la media pensión, busqué un lugar en el jardín para comer la salchicha que había comprado en Antalya el día anterior y mi pan Pide, y encontré un hermoso y tranquilo jardín de rocas con senderos, cursos de agua, fuentes que salpican y aves raras, dispuesto como un intrincado laberinto. Incluso a la sombra de la escasa vegetación -los árboles tenían las copas cortadas- hacía un calor maravilloso, el agua y las voces de los pájaros crearon en mí una paz paradisíaca. Me retiré al último rincón, disfruté de este lugar soleado y me alegré de no sentarme en las mesas del grupo de turistas. Al fin y al cabo, me comí el pan sin salchichas, porque debí de pegar un diente de ajo entero con el primer bocado, y no pretendía que mis compañeros de viaje me condenaran al ostracismo por ello.

Entonces oí el parloteo del grupo de turistas desde lejos, la comida parecía haber terminado, y me dirigí al punto de encuentro junto al autobús.

Nos condujo a un hotel que sobresale del paisaje, un punto de atracción en medio del parque hotelero generosamente distribuido con su llamativa fachada exterior de fuertes colores púrpura y verde. Apolo se mantiene con su nombre. El amplio vestíbulo nos recibió hospitalariamente, y las ventanas que llegaban hasta el suelo permitían ver una piscina en la que retozaban un puñado de personas. Encontré rápidamente mi habitación en el segundo piso. Gabriele volvió a ser mi compañera de habitación, como lo había sido en Antalya. Después de unas palabras de cortesía, me acosté en la cama y dormí un poco.

Entonces el hambre me llevó a la calle del bazar cercano. El final de abril sigue siendo la temporada de invierno. Como uno de los pocos turistas, fui blanco de los gritos de los propietarios de los bazares: camiseta a un euro, collar de plata a un euro, cerveza a un euro, y en un alemán astringente con acento turco: "¿Tiene usted novio, señora?

Curioso, caminé por la calle hasta el final, pero me volví: cuanto más lejos, menos alemán encontraba en los tableros de los menús, hasta que estaban puramente en turco.

Me senté en un restaurante tradicional que tiene ambas cosas: asientos sobre moqueta oriental y un propietario turco con un limpio alemán de Duisburgo. Me hizo unas sabrosas chuletas de cordero a la parrilla, su mujer horneó hamburguesas de masa con las piernas cruzadas sobre el fuego, los dos niños me sirvieron los cubiertos y el vino (un euro).

Satisfecho, volví al hotel, leí un poco más y me quedé dormido mucho antes de la medianoche.

El despertador marcaba las cinco y media cuando el almuédano de la mezquita llamaba a los fieles a la oración a través de unos altavoces que resonaban por todas partes. Pero el desayuno no era hasta las nueve.

Había tortitas de sultanas, queso de oveja y mantequilla, que tenían un sabor muy agrio, pero lo achacaba a mi falta de sueño. Nescafé era lo último en sensaciones de café. Pero después de todo, podría haber tomado un verdadero té turco.

El sol brillaba cálido y claro, el programa del guía turístico para el día siguiente era opcional. Evalué las montañas frente al hotel: los caminos no eran visibles, pero las rocas no parecían muy empinadas, el paisaje claro, no me perdería. Como precaución, pregunté en la recepción si había animales peligrosos. Mi imaginación fue disparada por las serpientes de cascabel. ¿O viven en otro lugar? "Sólo ovejas con perros", dijo la recepcionista. A medida que subía, me encontré con que me estaba volviendo un poco valiente después de todo. No había un camino real, ni gente. Fui recompensado con dos tortugas del tamaño de un plato que se cruzaron en mi camino. Y con la sensación de pertenecer a mí mismo aquí, como no había experimentado en décadas. ¡Me elevó a los cielos! A mitad de camino, solté un verdadero grito de alegría. Reconocí en la distancia lo que los otros turistas del autobús habían pagado muy caro: ¡las rocas blancas como la nieve de Pamuk-kale! Se formaron por los depósitos de cal de las aguas termales, según leí. Tuve que tomar una decisión. Por un lado, cuando empecé aquí, sentí una gran expectación al pensar en subir a la cima. Pero este Pamukkale de allí me atrajo igualmente. ¿Podría hacer ambas cosas? Entonces la decisión se me hizo fácil. Los arbustos eran cada vez más espesos y desgreñados, los enebros espinosos pinchaban de forma muy desagradable, y ahora no se veía ningún camino; todo ello hacía imposible el avance.

Sólo era mediodía. Primero me tumbé en una roca lisa que sobresalía y disfruté del sol. Como sólo mi cuerpo estaba cansado, regalé a mi mente algunas páginas de mi libro de bolsillo.

Poco antes de llegar por fin al valle, me llevé una feliz sorpresa: la antigua ciudad de Hierápolis, que el guía turístico también visitaba con el grupo de pago, estaba en mi camino hacia las terrazas de piedra caliza. Una vez más, tuve motivos para alegrarme de que mis decisiones espontáneas permitieran que las experiencias me cayeran como regalos. ¿Quizás también me atrajo magnéticamente? Porque me encantan los sitios antiguos. Ante mí se extendía una vasta zona de cientos, tal vez miles, de mausoleos de piedra de una sola persona con tejados puntiagudos. Y un enorme aparcamiento con unos cincuenta autobuses turísticos. Pude captar algunas palabras en alemán, inglés y francés de los guías de los grupos turísticos y así adquirir algunos conocimientos.

Algunos grandes mausoleos para los ricos con sus esclavos fueron reconstruidos de forma comprensible. Detrás de esta necrópolis está la ciudad propiamente dicha. Hierápolis se construyó en la época prehelénica y fue habitada por hititas y lidios, entre otros. Posteriormente, los romanos también aportaron su contribución, la más reciente bajo Diocleciano (en el siglo III a.C.), que apreciaba mucho las aguas termales de la zona. Del tamaño del teatro, con sus quince mil asientos, se extraen conclusiones sobre el tamaño de la ciudad: sesenta mil habitantes dejaron atrás estas impresionantes moles de piedra de sillería. Hoy en día, las salamanquesas alargadas y de color gris pardo se multiplican aquí con toda tranquilidad.

Pero no quería profundizar en la investigación; la larga caminata cuesta arriba y cuesta abajo a través del caluroso sol me había cansado. Así que los baños de "Antiques Terme" fueron bienvenidos. La mera visión del agua caliente que fluye bajo las palmeras me refrescó, a pesar de las mesas turísticas de plástico con patatas fritas y Nescafé en vasos de plástico. Me tomé uno de esos cafés y observé a los felices bañistas. Si hubiera estado preparada para todas las eventualidades en mi viaje espontáneo, ahora habría tenido trajes de baño conmigo. Hacía tres días que había salido de Múnich con una temperatura de dos grados.

Aquí las amapolas rojas están en flor, las vides forman panículas bien visibles, los higos son del tamaño de una nuez. Las terrazas de piedra caliza blanca son divertidas para el sentido de la vista y el tacto. Sólo se puede caminar por ellas descalzo, el agua tibia del manantial fluye a la altura de los tobillos y agradablemente sobre los pies. Bajé todo el camino, a veces a través del agua que fluye suavemente calentada por el sol, a veces sobre las rocas calcáreas secas y blancas como la nieve, finamente redondeadas por el agua.

Hay espacio para miles de turistas de todas las nacionalidades. La sonrisa internacional de las plantas de los pies, que les hace cosquillas, les une a todos. ¡Y me encanta escuchar que el agua tibia del manantial también rejuvenece por diez años!

La tarde ya había avanzado y tenía hambre. Lo que más me gustaba era ir al hotel. Uno de esos autobuses públicos, de los que había muchos aquí para todas las direcciones, seguramente me llevaría allí.

De repente, me di cuenta de forma desagradable de que había partido sin estar preparada: no conocía la geografía de la zona y el conductor del autobús sólo hablaba turco. ¿Tenía que tomar la dirección de la derecha o de la izquierda en la carretera? ¿Dónde se encuentra realmente mi hotel? Sólo sabía que Pamukkale pertenecía a Denizli. El autobús no puede estar tan equivocado. Pero cuando el autobús avanzaba y avanzaba y mi hotel no aparecía al lado de la carretera, lo supe: esta dirección no era la correcta. Se me apretó el estómago. ¿Y ahora qué?

Y de repente noté en mí lo que ya se había insinuado un poco, lo que se había perdido completamente en las últimas décadas con los niños: Soy libre de organizar mi día. No tengo que estar en casa a las dieciocho y tener la cena lista para la manada hambrienta. No hay deberes que revisar, ni malos rollos que animar, ni vocabulario que recordar, ni exámenes que preparar, ni pies sucios que meter en el baño. ¿Cuánto tiempo lleváis ya, hijos míos, fuera de casa? Aún así, mi rutina diaria imaginaria está ligada a ti, que creciste en la multitud. Pues bien, el esfuerzo ha merecido la pena cuando te miro ahora con gran orgullo: Lisa mía, ya tienes 29 años, Raffael 25, Markus 30, Dominik 32. Con razón te reirás con ganas -o tirando las manos- en este punto: ¡Nuestra madre! Todavía no se ha dado cuenta de que somos adultos.

Pero este fue uno de los momentos en los que tomé conciencia de ello: Puedo hacer lo que quiera. ¿No me crees? Oh, sí, me lo probaría a mí mismo. Sí, puedo volver a casa cuando quiera. Puedo coger el autobús que quiera. Incluso podría... es todo lo que se me ocurre, porque me basta con sentir este alivio: sólo soy responsable de mí mismo. Así que en ese momento decidí disfrutar de este viaje en autobús yo sola y aprovecharlo para descansar.

Tras media hora de viaje, llegamos a Denizli. Me sentí abrumado por una gran y ruidosa ciudad de millones de habitantes en el interior de Turquía, donde parecía ser el único turista. Un autobús tras otro llegó a la estación de autobuses, otros se fueron. Rostros morenos y arrugados, grupos de personas que hablan en voz alta, mujeres musulmanas con pañuelos y extranjeras al lado de mujeres vestidas de occidentales, todas queriendo volver a casa después del trabajo. Hasta que mi autobús partió hacia Pamukkale, quise recorrer las calles comerciales de la ciudad. El barrio de la estación central de Múnich sólo da una idea muy lejana de la vida en esta calle. Múnich se parece a Denizli, ¡como si la gente sólo susurrara y caminara por senderos circulares!

De vuelta a la estación, compré un kebab, que resultó ser el mejor que había comido nunca: estaba ligeramente tibio, el pan de pita crujiente, las verduras frescas y crujientes, la salsa tan sabrosa que quise pedir otro. Pero decidí buscar de nuevo el autobús adecuado. Y eso resultó ser lo correcto. El autobús no salió de donde me bajé, por supuesto. ¿Pero de dónde entonces? ¿Cuál de las innumerables paradas era la mía? ¿Qué he hecho ahora? Los carteles que indican el destino, ¿de qué me sirvieron? Nunca había oído hablar de los lugares indicados y nunca los había leído. No tenía ni idea de cómo se llamaba la última parada del autobús correcto, el mío. Hice una pregunta de una sola palabra: "¿Pamukkale?" Yo sabría el camino desde allí, porque el paisaje es llano y manejable. Pero ningún conductor de autobús me entendió. Pero todos agitaron sus manos con sentido en diferentes direcciones, a veces aquí y a veces allá. Así que caminé aquí y allá, de uno de los muchos autobuses a otro. Mis manos estaban cada vez más sudorosas, pero no por el kebab de los hombres de guerra. Entonces me encontré con un conductor que hablaba un poco de inglés. Y finalmente pudo imaginar lo que quería decir con mi pregunta, y yo también comprendí ahora el dilema: pronunció la palabra Pamukkale de una manera que yo, a su vez, no había entendido al principio.

Por el camino, los pasajeros que querían que les llevaran simplemente se ponían al lado de la carretera y extendían la mano. No hay paradas fijas. Si quieres bajarte, hablas con el conductor del autobús y éste se detiene exactamente en el punto de la ruta fija. ¡Y ahí, ahí es donde tenía que estar! Sí, he reconocido la zona. ¡Qué bien que el hotel lleve unos colores tan llamativos! Con una actitud tensa, me quedé en la puerta. "¡Para!", exclamé. Desconcertados, los pasajeros me miraron. No debo haber usado una palabra turca. Y ya habíamos pasado. No tuve más remedio que hacer grandes gestos con las manos y los brazos. Entonces se detuvo y me dejó salir.

A las ocho, por fin, estaba de vuelta en el Apollon. Y me gané un baño en las cacareadas termas del hotel. De hecho, además de la bañera de hidromasaje y el hidromasaje para los pies, hay una gran piscina principal, y está a 35 grados de temperatura. Un manantial rojizo y burbujeante lo alimenta, y por una placa en la pared deduje que desemboca en la piscina a 53 grados. No se podía ver nada en el agua, estaba muy turbia, pero mi cuerpo, una vez sumergido, no quería salir en adelante. Leí que sólo veinte minutos eran tolerables para el cuerpo. Yo, en cambio, sólo pude soportar el agua termal durante diez minutos, pero después me metí una y otra vez. Sólo dos horas más tarde me harté y me dirigí lentamente hacia mi habitación. La copa de vino que había planeado tomar en el restaurante la noche anterior, y que me había hecho ilusión, ya no pudo tentarme. Intercambié algunas experiencias más del día con Gabriele -ella había participado en la excursión en autobús a Hierápolis y Pamukkale- y luego leímos algunas páginas más de nuestros libros. Gabi no tardó en apagar la luz. Escribí otro mensaje de texto a Peter y luego yo también me fui, llena de un día maravilloso con tantas experiencias para el cuerpo, la mente y el alma que nunca me habría atrevido a soñar.

Y con esto cierro, vuestra madre, que está tan feliz de teneros como niños grandes, que tiene ambas cosas: el placer de haberos vivido como niños pequeños, y actualmente el placer de poder ver el mundo.

Por favor, discúlpame por seguir tratándote como si estuvieras en una multitud y no escribirte individualmente. ¿Le molesta a alguno de ustedes? Tenéis una diferencia de edad tan pequeña que os habéis criado en un grupo. Eso también puede considerarse una ventaja. A mí me encantan los enredos. Cuando tiras de una cuerda, todo empieza a saltar. ¡Eso es lo que yo llamo estar vivo!

Tu madre

**La vida sería el mal menor**

El dramatismo de la siguiente historia me obligó a cambiar mi perspectiva:

Soy Rosi.

Peter es el marido de Rosi.

Raffael es el hijo de Rosi.

Katja es la novia de Raffael.

Rosi miraba el mar desde la mesa de su casa móvil. ¡Qué bien lo pasó aquí, en el sol del sur de Francia! Su marido Peter había ido a ver los flamencos cuando sonó su teléfono móvil. Katja estaba llamando, según la pantalla. La novia de su hijo Raffael. Sorprendida, Rosi respondió.

"¡Katja, me alegro de saber de ti!"

"Tengo que decirte algo. Raffael fue al hospital de Schwabing hace dos días. Perforación intestinal ciega".

"¡Un avance!" Rosi se sobresaltó: "Ya le dolía hace unas semanas. Inmediatamente pensé en una apendicitis, pero no se lo tomó en serio. ¡Así es él, hijo mío!"

"Sí, llamé al médico, que inmediatamente llamó a la ambulancia".

Rosi respiró profundamente.

"¿Y cómo está ahora?"

"Bueno, está con una intravenosa, todavía bastante débil". El contenido intestinal se había extendido por todo el abdomen y había provocado una peligrosa peritonitis, por lo que se le estaba administrando un antibiótico, añadió. "Pero está fuera de peligro, no hay que preocuparse".

Vuelve a casa inmediatamente!, pensó Rosi. ¡Pero tardaré dos días en llegar a casa! Mi hijo tiene treinta años y es mayor.

Katja está con él. Todavía: ¡Quiero ir a casa!

"Katja, eres un encanto por avisarme", consiguió finalmente.

"No te preocupes", había dicho Katja. Y, sin embargo, parecía que le vendría bien consolarse a sí misma. Ahora le tocaba a ella, como la mayor, la más experimentada, la madre de cuatro hijos, la madre de Raffael, a quien debe conocer muy bien. Desde luego, Katja no quería oír que estaba abrumada por esta noticia.

La voz de Rosi fue demasiado firme en su respuesta:

"Tienen buenos médicos en el Hospital Schwabing. Un apéndice como éste es una rutina para ellos".

"Sí, ya está fuera de peligro", repitió Katja.

Cuando Peter regresó de su paseo, ella le contó inmediatamente el accidente a cámara rápida y le contó su plan en pocas palabras.

"Todavía podemos llegar a Lyon esta noche si salimos inmediatamente. Pasaremos la noche en la estación de servicio de la autopista. Y mañana por la mañana seguiremos conduciendo a primera hora. Estaremos allí por la noche".

Peter lo entendió inmediatamente. Sin decir mucho, preparó todo para el viaje.

Raffael estaba débil, pero bien. Al levantarse, luchó contra el dolor, pero luchó. Y confiaba en que los médicos le habían dado los mejores antibióticos y que pronto volvería a estar bien. Nunca antes había estado enfermo. Sólo las cosas habituales de los niños y un grip-pe de vez en cuando. Los días siguientes tuvo que salir a pasear para recuperar fuerzas. Rosi le acompañó. Hablaron con calidez y alegría entre ellos. ¿Y el sur de Francia? Era una pena, pero esto era más importante para Rosi.

Quince días después, Rafael volvió a despedir a su madre.

"No tienes que sentarte a mi lado, Muttl. Vuelve al sur de Francia. Gracias por estar aquí. Ahora puedo arreglármelas. De todos modos, pronto volveré a pintar e iré a la universidad". Financió sus estudios de filosofía con la venta de sus cuadros.

La razón y la emoción se baten en el interior de Rosi. De hecho, le había resultado difícil organizar los tres meses de verano libres de su trabajo. ¿Debía quedarse en casa y mantenerse ocupada de alguna manera cuando Rafael ya no la necesitara? ¿O debería ir a la Camarga de nuevo? ¿Aunque tuviera que ir sola? Peter había decidido quedarse en casa, en Múnich, porque de todos modos no soportaba el calor del verano en el sur. Prometió que vería a Rafael de vez en cuando.

Rosi estaba de vuelta en la playa de la Camarga cuando unos días más tarde recibió otra llamada de Katja.

"Raffael está en el hospital de nuevo. Tiene una nueva infección. Ya ha recibido la tercera inyección de antibióticos. Y ahora ha tenido suficiente. Quiere volver a casa mañana por su cuenta y dejar de tomar los antibióticos". Katja sonaba impotente.

"Poderes de autocuración", dice. La naturaleza lo hace todo, dice. Se enfadó mucho con los médicos. Una significaba esto, la otra significaba aquello. Está convencido de que la naturaleza siempre ha ayudado más. La naturaleza lo regula todo, dice. Los animales crecen de forma natural, sólo nosotros, los humanos, hacemos tanto alboroto. Está cansado de los antibióticos". Rosi escuchó la desesperación en la voz de Katja. "¡Tal vez puedas hablar con él!"

Una vez más, Rosi se debatía entre el sentimiento y la razón. ¡Detengan los antibióticos! ¿Cómo se suponía que se curaría la infección? Al fin y al cabo, no era una inflamación del dedo meñique, y la gente había muerto a veces por eso en el pasado. ¡Pero Rafael ya estaba debilitado! Había leído en Internet que el diez por ciento de los casos de peri-tonitis eran mortales. El diez por ciento, es decir, diez de cien, ¡qué cerca estuvo Rafael de ser uno de los diez! Su Rafael, el artista, el estudiante de filosofía que siempre había cuestionado todo desde que nació. A menudo incluso le había dado las gracias por ello, a menudo le había resultado divertido ver conceptos de la vida muy trillados desde un punto de vista radicalmente distinto. Pero ahora seguramente también se preguntaba si realmente había que conseguir la vida a cualquier precio, en qué momento el precio era demasiado alto. "Los antibióticos", había dicho, "¡tenemos demasiados y por eso a menudo ya no funcionan! El cuerpo ha sido dotado por la naturaleza de todo para curarse a sí mismo".

¿No es eso un poco ingenuo, se preguntaba Rosi en secreto, cuando se trata de la vida y la muerte? Pero él no aceptaría sus objeciones, ella lo sabía.

"¿No podemos dejar la vida tal y como es", dijo, "como algo frágil, fugaz, que tiene que aceptar su desaparición?

Rosi aceleró por la autopista. Lyon, Bourg-en-Bresse, Besançon - en este tramo llovía a cántaros, estaba claramente alejada del cálido sur, aquí el clima frío y húmedo acechaba de nuevo. Al menos la lluvia le quitó la arena del capó. Belfort, Mulhouse, Karlsruhe. Todavía quedan doscientos ochenta kilómetros hasta Múnich. Estaba cansada, casi incapaz de seguir adelante: ¿no estaba también arriesgando su vida con este loco viaje? El gran coche, la larga distancia, el estrés, sólo no demasiado descanso, llegar, finalmente llegar, sólo no demasiado tarde, ella tenía que llegar urgentemente hoy y ver a su Raffael de nuevo antes de ...

A medianoche llegó al piso de Katja y Raffael. Peter también estaba allí y la tomó en sus brazos.

"No está bien", fue todo lo que dijo. "Se quedó dormido y tiene mucha fiebre. Entra con él".

De repente, Rosi sintió un bloqueo. Recordó las conversaciones con Rafael. Sobre la vida y su valor y significado. Si no sobreestimamos todo. Si no era a veces mejor dejarse llevar, había dicho Raffael. No agotar nuestras posibilidades de influencia a toda costa, sino dejar que las cosas fluyan. La vida fluye, había dicho, y es hermosa. "He tenido una vida hermosa", dijo. "Quizá si devuelvo mi vida a la naturaleza, no tenga que pasar por muchas cosas". Había hablado así en la mesa de la cocina hace apenas un año, sin razón aparente. En ese momento había sido un juego mental. Rosi se sintió mal. El esfuerzo, todo eso. Pero ahora no había tiempo para eso. Estaba en un mal momento. Su vida estaba en peligro. Una inflamación como esa hacía estragos en el cuerpo, había que detenerla antes de... Pero los médicos y sus conocimientos a medias ponían de los nervios a su hijo, no quería seguirlos más, eso había dicho por teléfono. ¿Qué alternativas había?

Tampoco quería seguir escuchando los consejos de los conocidos: ¡Conozco a un médico famoso! Y: Por qué no vas a mi homeópata, es genial. Y: es absolutamente necesario obtener una segunda opinión de un especialista. Y: Un chamán me ayudó en una situación similar. O: ¡Caldo de pollo! Come mucho caldo de pollo, tiene un efecto antibacteriano, mi abuela lo cocinaba cuando tenía gripe.

Ahora Raffael lo rechaza todo, le había dicho Katja. "Escucho a mi cuerpo", responde. "Sabe lo que necesita. Como lo que me apetece. Me muevo de manera que no me cause dolor. Mi cuerpo se conoce mejor que todos los médicos del mundo".

Y ahora Rosi estaba allí, con Peter. "No está bien", acababa de decir. Rosi entró corriendo en la habitación de Raf-fael. Sorprendido por su rostro demacrado. Acarició las mejillas calientes de su hijo, palpó su frente, tomó su mano huesuda. "Estoy aquí", dijo en voz baja, sintiendo que las lágrimas brotaban.

Era el dueño de su vida, había dicho en una discusión hace un año. Sabía y decidía por sí mismo lo que quería. La gente quería influir demasiado en la vida de los demás. No era asunto de nadie cómo pensaba y actuaba, porque no ponía en peligro a nadie más que a sí mismo.

Pero ahora ya no estaba sentado en la mesa de la cocina con buena salud. Ahora era realmente una cuestión de vida o muerte. Y el miedo de Rosi, sí, su propio miedo terrible. Sí, ahora estaba afectada. Sintió que tenía que hacer algo para afrontar la situación por sí misma. No hacer nada, simplemente nada, era terrible, ¡no duraría ni un segundo más! Necesitaba urgentemente ver a un médico.

Sí, se involucraría. Era Rosi, la madre que amaba terriblemente a su Raffael. No podía vivir con la idea de que no había hecho todo lo que podía. Sí, una interferencia feroz en su vida que fue. ¿Pero no era también sobre ella y Katja? ¿Qué pensaba ella? Se trataba del resto de la familia, de las otras personas, ¿cómo podían vivir con el hecho de que Rafael se había quedado creyendo en unos cuentos de hadas, en medio de la gran ciudad, prácticamente en las inmediaciones de un buen hospital?

Lo único que quería era actuar, hacer algo, contrarrestar el terrible miedo, hacer por fin algo, encontrar al mejor médico, sí, -

¿Se le permitió detener a su Raphael? ¿Preservar su vida a toda costa, cuando ni siquiera quería eso? Su generación había tenido que lidiar con un sistema político que despreciaba a la humanidad. ¿Acaso ahora podía imponerle las reglas de su generación, ella que había crecido con la visión: la medicina preservará tu vida, cueste lo que cueste? ¿Sólo porque se había convertido en su madre en ese momento, tenía ahora derecho a imponer a Rafael como adulto la vida que él no quería en absoluto?

Pero tal vez dentro de unos años incluso le agradezca su intromisión. ¿Y no perecería ella misma por la culpa de no haber hecho nada para salvarlo, por cualquier medio?

Peter y Katja se habían unido a ellos. La miraron, pero Rosi no dijo nada. No sabían las conversaciones que Rosi había tenido con Rafael. Pedro no era su padre, había muerto hacía unos años de una grave enfermedad. Ya eran las dos de la mañana. Rosi estaba infinitamente cansada por el largo viaje. Peter ayudó a Katja a desplegar el sofá cama y a preparar la cama. Entonces el cansancio se impuso al carrusel de pensamientos de Rosi.

Cuando se despertó por la mañana, escuchó a Katja tararear una pequeña canción en la cocina.

"¿Alguna noticia de Raphael?"

"¡Adivina qué, tenía ganas de cereales! Y me pidió que trajera un pincel y una paleta de pintura. Seguro que no puede vivir sin ellos". Sus ojos brillaban con vida. Luego, las dos mujeres se echaron en los brazos de la otra. Nunca antes su abrazo había sido tan íntimo como en ese momento.

**Después**

Cuando una mujer se va de viaje, tiene algo que contar: la vieja cita, que conocemos en su forma masculina, también es válida, por supuesto, para las mujeres. Especialmente para una Muttl, como los niños llaman cariñosa e indulgentemente a su pequeña madre, que se aventura a salir de su zona de confort con sus hijos mayores. Y Muttl aprende mucho en el proceso. En esta constelación, salir de la zona de confort significa no sólo viajar a países y ciudades nunca vistos, sino sobre todo: redescubrir al niño en su forma adulta y encontrar una nueva forma de enfrentarse a él. ¡Oh, se pueden hacer muchas cosas mal!

En este libro de relatos, he descrito experiencias concisas en cinco historias. Les pregunté a los niños si estarían de acuerdo en que yo escribiera estas historias de la forma en que ellos podrían haberse apropiado de ellas.

"De acuerdo", dijeron Dominik, Markus, Lisa y Raffael (esta vez en orden de edad, empezando por el mayor) con picardía, "si pudieron ser así, eso no significa que hayan ocurrido exactamente así".

Y con eso, se han librado.

**Gracias...**

... querido Raphael, por permitirme fingir que las historias son sobre ti.

... querida Lisa, querido Dominik, querido Markus (¡primera dama hoy!) por dejarme convertir en compañeros de viaje en mi vida.

... querido Markus, querido Dominik, querida Lisa (esta vez en cualquier orden), que puedan soportar que su hijo sea el protagonista de este libro, si es que tiene algún papel.

... que existen, los cuatro, sí, ¡gracias! Ya sabes para qué: el camino de mi vida habría sido aburrido sin tu enriquecedora aportación.

**Vosotras, queridas mamás, mamás, madres, lectoras..,**

Es una hazaña que nadie quiere perderse: criar a sus hijos. Significa décadas de trabajo de construcción, y las décadas no terminan cuando los niños están fuera de casa. ¡Y sin embargo!

A menudo las madres nos apoyamos en nuestros sentimientos en situaciones difíciles, ¿en qué otra cosa cuando la vida no va bien? Pero cuanto más crecen los niños, menos quieren escuchar nuestros sentimientos. Pero, ¿entonces qué? Pueden leer los argumentos en los libros de filosofía por sí mismos, no nos necesitan para eso.

Como su madre, he intentado, siempre me he esforzado (es el tercer grado...), hacer todo "bien". Incluso en la situación vital más difícil para mí y para ellos: el divorcio de sus padres, que fue de todo menos suave y tras el cual me sentí como un padre soltero.

¿Cómo estás con tus hijos?

Si he podido daros, queridas mamás, un poco de valor como madre cómplice o poner una sonrisa comprensiva en vuestros labios con mis relatos, me alegro. Si dices: "Si ella puede hacerlo, yo puedo hacerlo.

Escríbeme tus impresiones, reflexiones y experiencias, tanto de este libro como de tu vida con los niños. ¿Cómo le llaman sus hijos? Puedes contactar conmigo en mis canales y encontrar más información sobre mis viajes (de vida):

www.irmgardrosina.de

Instagram

Facebook

Twitter

YouTube

Mi madre tenía un montón de

problemas conmigo, pero creo que

lo disfrutó.

MARK TWAIN

Desde

IRMGARD ROSINA BAUER

ya se han publicado:

Este libro es una carta a Marieke, una conocida de Hamburgo. Y un homenaje a las montañas, a pesar de todos sus peligros e imponderables que hay que superar. Un libro para todos aquellos que sienten el anhelo de la montaña - o que aún no la conocen. ¿Un estímulo para salir y atreverse a la aventura del "al-pen" -o de la "vida"? - para atreverse.

Junto con Isa, la autora cumple el deseo de su corazón: emprender un recorrido de varios días por los poderosos Alpes del Valle de Lech, con sus enormes picos, incluyendo pernoctaciones en cabañas de gran altitud. Sin un supermercado en el camino, por supuesto. Marieke vive en Hamburgo y le encantaría visitar los Alpes. ¿Se dejará desanimar por las experiencias -con todas sus alegrías y temores- de las dos muniquesas, o realmente le cogerá el gusto al aire de la montaña?

Volumen I de los relatos de viajes de Rosi

BoD - Books on Demand, Norderstedt

ISBN 978-3-7543-0080-0 (tapa blanda)

ISBN 978-3-7543-0080-6 (libro electrónico)

"Me encantan las montañas. No siempre supe que era así. Y en general no sabía mucho sobre lo que me gusta y lo que no. La vida se me vino encima, sin filtro, durante décadas dije que sí a todo, y de alguna manera estaba bien así - hasta que me frenó un agotamiento. Así que no podía seguir así, ¿pero cómo entonces?"

Rosi tiene cincuenta y dos años. En las últimas tres décadas ha criado a cuatro hijos y ha ayudado a su marido en su charcutería. No había tiempo para ocuparse de sí misma y de sus propias necesidades. Ahora cumple un viejo deseo y se marcha sola al sur de Francia. Con Merkür, su minifurgoneta, con mucho miedo a su propia espontaneidad y con poco dinero: sólo quiere gastar diez euros al día. Aunque a menudo llega a sus límites, da rienda suelta a su espíritu aventurero y es capaz de reconocer y relativizar muchos de sus miedos. Su escaso sentido de la orientación es sólo uno de los muchos obstáculos en su continua búsqueda de relaciones óptimas.

Novela de viajes - al sur de Francia y hacia el interior

BoD - Books on Demand, Norderstedt 2020, 320 páginas

ISBN 978-3-7504-8051-3 (libro de bolsillo)

ISBN 978-3-7504-8051-6 (libro electrónico)

Sophie, alias Susanne, alias S., está atrapada en sus principios: Un machista puede ser un machista y un matrimonio debe mantenerse a toda costa. Sobre todo porque Sophie tiene cuatro hijos con su marido y el divorcio no era tan común "entonces" como hoy.

Los diferentes papeles femeninos en las historias de una sola mujer nos permiten ver en lo más profundo de su corazón durante décadas. Su objetivo común es poder decir un día: Me encanta mi vida.

En su camino, Sophie, alias Susanne, alias S., gana nuevas libertades y, sin embargo, retrocede una y otra vez. Busca el reconocimiento y sufre un desgaste por ello. Quiere salir de su papel de víctima, pero el camino es largo...

"La vida podría ser tan dura" es una apasionante historia de vida en trece y media historias mayoritariamente reales.

Novela en trece relatos y medio

tredition Verlag, Hamburgo 2016, 153 páginas

ISBN 978-3-7345-7098-8 (tapa blanda)

ISBN 978-3-7345-7098-0 (libro electrónico)

Más historias ...

...que tengo en marcha. Ya sea como viajero por el mundo real o por los paisajes claros y oscuros de la existencia, ¡sigue siendo emocionante en mi vida!

Visite mi sitio web y sígame en las redes sociales. Allí estaré encantado de mantenerte informado sobre el estado actual de los nuevos proyectos.

Su

Irmgard Rosina Bauer

www.irmgardrosina.de

Instagram

Facebook

Twitter

YouTube